



# La oveja negra

Pasqual Alapont

Lectulandia

Hermógenes es hijo de una familia acomodada formada por médicos de renombre. Cuando el joven quiere ser arqueólogo, habrá de superar las presiones familiares y domésticas. Para ganar dinero mientras estudia, pues sus padres le retiran la ayuda, trabaja como canguro de un bebé, Quim, que llegará a tener un papel muy importante en su vida al igual que la madre del pequeño, Ana.

**Lectulandia**

Pasqual Alapont

# **La oveja negra**

ePub r1.0

jtv\_30 10.07.13

Obra Ganadora del Premio edebé de Literatura Juvenil, según el fallo del Jurado, compuesto por: José Aliaga, Teresa Colomer, Ana Gasol, Robert Saladriagas y Carlos Zamora. Ha actuado como secretaria, sin voz ni voto, Elena Valencia.

Título original: *L'ovella negra*

Pasqual Alapont, 2001

Traducción: Raquel Solá

Ilustraciones: David Molinero

Diseño de portada: DMB&B

Retoque de portada: orhi

Fotografía de portada: MASTERFILE

Editor digital: jtv\_30

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Ant3nia Ramon*

# 1. La decisión de Hermógenes

La cabeza de Hermógenes, hijo del eminente ginecólogo Eustaquio Torres, hizo un feo «crac» al rebotar contra las baldosas del quirófano. El muchacho no estaba allí por voluntad propia ni porque sufriese alguna dolencia física, sino por las maquinaciones de su progenitor, quien, pocas horas antes, le había soltado una sentencia sumarísima:

—Tu serás médico, Hermógenes, como la madre que me parió.

En honor a la verdad, el doctor Torres no había proferido ninguna mentira: su madre había sido una prestigiosa oftalmóloga. Y también su padre había ejercido la medicina, como traumatólogo en el hospital de San Juan, donde se le reverenciaba por haber efectuado la primera implantación de prótesis de cadera. Incluso Palmira, la madre de Hermógenes, era dermatóloga y provenía de una dignísima saga de galenos.

Así pues, el joven estaba rodeado por los cuatro costados de hombres y mujeres de bata blanca. Desde que era un bebé de pañales, éste era el ambiente en el que se había criado. Para dormir, la muchacha que le hacía de canguro, una estudiante de medicina de los últimos cursos, en lugar de cantarle una canción de cuna, solía recitarle el juramento hipocrático y, si le costaba coger el sueño, le soltaba toda la estructura anatómica, hueso a hueso, o bien la sintomatología de alguna complicada enfermedad. Una simple frase como «no te metas el dedo en la nariz», en casa de Hermógenes se traducía por un «extrae la falange de la fosa nasal».

Por esta razón, es fácil imaginar el cataclismo que se vivió en aquella casa el día en que Hermógenes anunció que tenía la intención de matricularse en la Facultad de Historia y que la rama de Arqueología le atraía muy especialmente.

De entrada, se produjo un silencio incómodo. El anuncio respondía a una pregunta de su padrino, Eduardo, amigo del padre y destacado médico también, que se quedó literalmente estupefacto. En su ánimo, la decisión final de su ahijado pesaba tanto como si se hubiese declarado drogadicto o, aún peor, recaudador de impuestos.

—Mira, Hermógenes, reflexiona, que no sabes con quién te la juegas. Si ahora te mezclas con historiadores, tal vez después no puedas desengancharte —le advirtió en un arrebato paternal.

Y refirió, a modo de ejemplo, una anécdota propia que ilustraba la maldad de los arqueólogos. Resulta que el padrino, que disponía de un buen fajo de dinero negro (de ahí su fobia a los funcionarios de Hacienda), había invertido en un solar en cuyos terrenos promovía la construcción de un lujoso edificio.

—¿Os podéis creer que no se me permite continuar las obras por culpa de esa pandilla de granujas? —concluyó.

—¿Y cómo es eso? —se interesó el señor Torres.

—Según parece, han encontrado unos restos romanos, o yo qué sé, que tienen que

investigar: unos utensilios de cerámica como los hay a millares en el mercado, y al menos éstos están enteros, no como éstos, hechos añicos.

—Pero no es lo mismo, tío. Esos añicos que dice usted son vestigios de un tiempo remoto, nos informan de cómo eran nuestros antepasados... —se atrevió a replicar Hermógenes.

—¿Y qué provecho saco yo de saber cómo carajo cocinaban el arroz caldoso nuestros ancestros? —tronó la voz del padrino—. ¿Qué? ¿No dices nada? ¿Lo ves, chaval? A ti te han lavado el cerebro.

A consecuencia de esta escena doméstica, el doctor Torres decidió coger el toro por los cuernos. Mejor dicho: cogió la oreja izquierda de su hijo como si fuesen las tenazas de una langosta o, como él mismo habría dicho, le pinzó «el lóbulo de la oreja externa entre las falanges de los dedos índice y pulgar».

—Tú serás médico, como la madre que me parió —le amenazó.

A la mañana siguiente, a las nueve en punto, Hermógenes entraba a empujones y trompicones en la sala cuatro de la planta de quirófanos.

—Hoy tenemos un ayudante, ¿eh, doctor Torres?

—¡Vaya sorpresa! —exclamó la enfermera jefe.

—Imagínese, Lola, mi hijo pretendía ser arqueólogo —se indignó el aludido.

—¿Pero qué me dice?

—Tantos sacrificios para nada.

—No se preocupe, doctor, que aún veremos cosas peores. No sé qué demonios quiere esta juventud. El problema es que lo tienen todo.

—¡Y que usted lo diga!

Veinte minutos más tarde, vestido con una bata y un casquete verdes, Hermógenes asistía a su primera cesárea. Diez segundos después de que el bisturí empezase la incisión en el vientre de la parturienta, su cabeza hizo un feo «crac» al rebotar contra las baldosas del quirófano. Con este impacto se dio por concluida su incipiente carrera médica.

Durante los días siguientes, el ambiente en casa fue tenso. Hermógenes no contaba con un confidente que estuviese de su parte y allí donde dirigía la mirada recibía malas caras. Incluso habría jurado que la fiel Adelina, la criada, estaba esquivando con él, si no declaradamente en contra. Por ejemplo, dos veces en los últimos días le había servido la sopa desde dos palmos de altura del plato y las salpicaduras le habían llegado a los ojos. Su disculpa había sido ciertamente ambigua. «Es una pena, pero qué le vamos a hacer», le había soltado, como queriendo decir: «¿No dices que no quieres ejercer el noble oficio de matasanos? Pues que te zurzan, majó».

Finalmente, una tarde de junio (habían pasado ya seis días desde el incidente del quirófano), los padres de Hermógenes le llamaron a capítulo. La reunión tuvo lugar

en el comedor de las ocasiones solemnes, los tres solos, con Adelina espiando tras la puerta.

—Hermógenes, mira que llegas a ser extravagante —le espetó en primer lugar la dermatóloga.

—Si lo que pretendías era darme un disgusto, ten la seguridad de que lo has conseguido —insistió el ginecólogo, y le entregó un electrocardiograma que se acababa de hacer para darle a entender el deterioro de su salud por culpa de aquella conmoción.

Hermógenes miró el papel y entendió lo mismo que si fuesen ideogramas japoneses.

—Veréis... —argumentó—, ya sé que os he decepcionado, pero no era mi intención, de veras. He intentado que os sintierais orgullosos de mí, pero no tiene sentido que nos engañemos ni un minuto más. No seré médico por más que os empeñéis. Sé que puedo equivocarme, pero esta decisión me atañe a mí.

—¿Y se puede saber desde cuándo has decidido dedicarte a...?

El señor Eustaquio no quería ni mencionar la disciplina arqueológica, y evitaba la palabra con el mismo gesto enfático con el que un puritano evitaría hablar de sexo.

—Yo nunca había oído que lo mencionases.

—Es que tú nunca me has querido escuchar, papá. Decidiste por mí hace muchos años y nunca me has dejado escoger.

—¿Y quién te ha dicho eso? Cualquiera pensaría que soy un dictador. Puedes ser estomatólogo, pediatra, otorrinolaringólogo, ya ves si puedes escoger. Incluso si hubieses decidido ser dentista, yo no me habría opuesto.

—¿Lo ves? No se puede discutir contigo, lo llevas todo a tu terreno.

—¡Yo, a mi terreno! Mira, no me repliques, Hermógenes, que te voy a romper el parietal izquierdo de un coscorrón.

Al ver que la discusión desembocaba en un callejón sin salida, la madre adoptó una estrategia más blanda.

—¿Qué te ha pasado, hijo? A ti siempre te había gustado la medicina. ¿Recuerdas cuando montábamos juntos el muñeco de la anatomía humana?

—Sí, vosotros erais demasiado sofisticados para jugar al parchís como los demás padres.

—Pero si fuiste tú quien lo pidió.

—No.

En este punto, Hermógenes alzó la voz:

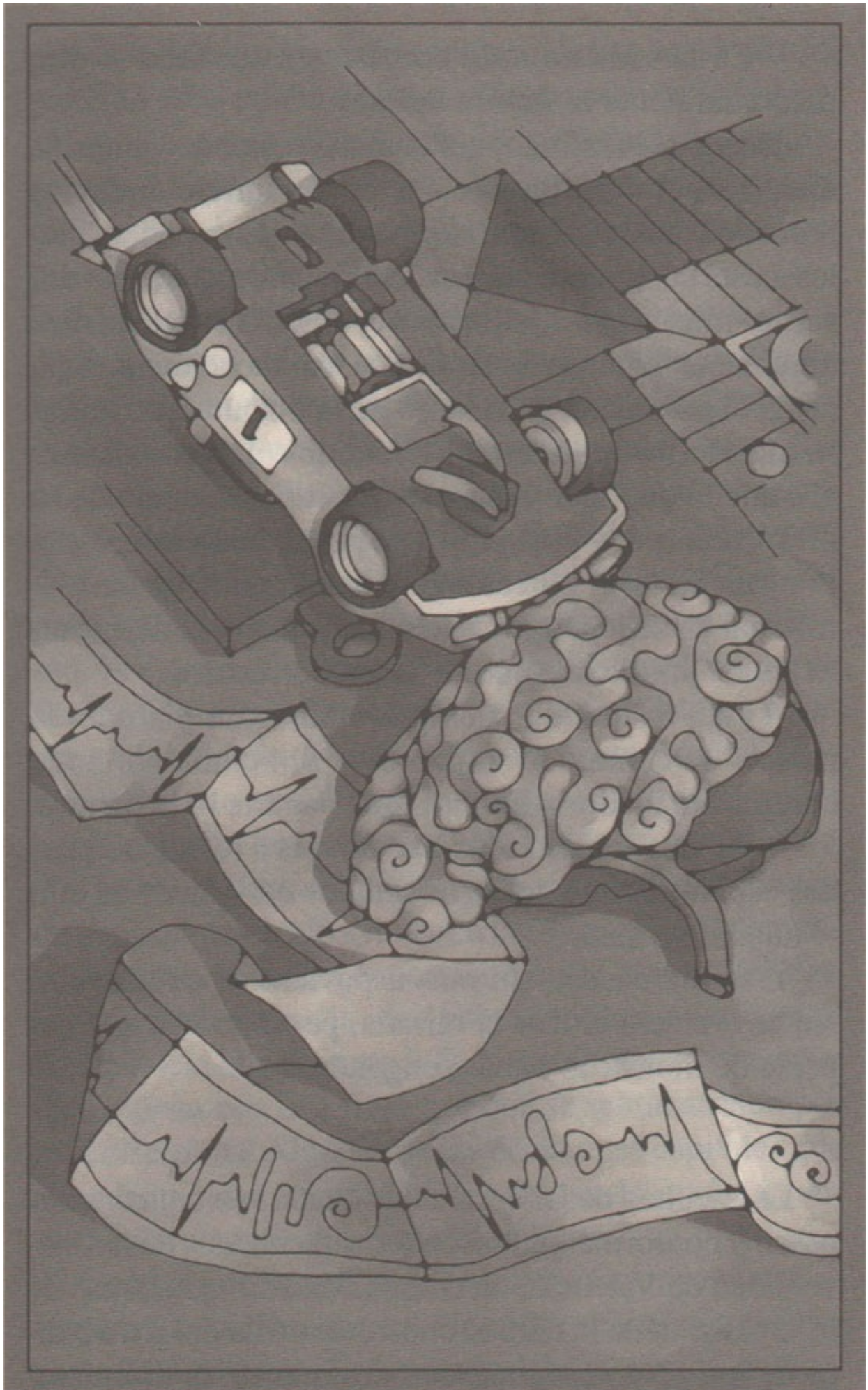
—Pedí el Escalextric, cinco años seguidos, pero siempre me decíais que yo había venido al mundo para salvar vidas, no para despachurrarlas en un estúpido accidente de tráfico.

Se produjo una pausa tensa. Era la primera vez que Hermógenes plantaba cara a



sus progenitores y era tal la convicción con que lo había hecho, que los dos vieron que la batalla estaba perdida.

—Veréis —continuó Hermógenes ahora más suave, con los ojos empañados y esforzándose en ser sincero—, yo no os echo nada en cara. Sé que queréis lo mejor para mí, pero no sería feliz... Creedme.



—En la vida no todo consiste en ser feliz —dijo maquinalmente la señora Palmira.

Desde el Neolítico, quizá incluso un poco antes, la dialéctica gratuita ha sido uno de los entretenimientos humanos más gastados. Hermógenes y sus padres, fieles a esta costumbre atávica, continuaron el debate durante más de una hora, pero sin ninguna otra argumentación más de las que se han mencionado aquí hasta el momento. A lo largo de la disputa quedó claro que Hermógenes estaba decidido a no ver más sangre que la que se le escapase involuntariamente de su propio cuerpo, y eso, muy a su pesar, justo es decirlo. Por otra parte, el ginecólogo y la dermatóloga encajaron mal su decepción y reaccionaron con la desmesura de los orgullosos que se saben derrotados.

—Esta es tu casa, siempre tendrás un plato en la mesa —le comunicó su padre—. Sin embargo, no te daremos ni un duro. Tendrás que pagarte tú la carrera.

—Puedes echarlo todo a rodar, pero lo que no puedes esperar es que nosotros seamos cómplices de ello —añadió su madre.

Y se marcharon sin más aspavientos, en silencio, sin atreverse a cruzar la mirada, pensando en qué especie de monstruo habían engendrado.

La Facultad de Historia está situada sobre un amplio paseo y conforma, junto con otras facultades de la Universidad de Valencia, un campus diseminado, fruto de la expansión de la ciudad en la otra orilla del río a partir de los años sesenta. Poco después de la discusión con sus padres, Hermógenes se acercó hasta allí. A pie. Tan sólo estaba a cinco minutos escasos de su casa, en la avenida de la Alameda, en la que, entre otras subespecies de la fauna urbana, pululan bandadas de gorriones y lo más ilustre de los cachorros de la burguesía valenciana.

Mientras se dirigía a la facultad, a Hermógenes, que podía jactarse de ser uno de los más acomodados, el hecho en sí no le daba ni frío ni calor. Intentó sentir remordimientos por la discusión con sus padres, pero, si se acordaba de ella, más que triste se sentía eufórico. No, no se sentía culpable. Hasta ahora les había seguido la corriente, más para evitarse un disgusto que por la convicción de que algún día experimentaría un cambio. Así, se había obligado a estudiar materias como Física, Química o Matemáticas, que se le hacían pesadas y más bien le producían rechazo. Simplemente, había pospuesto una decisión que ya tenía tomada y les había dejado alimentar una bola cada vez mayor.

Por eso, ahora se sentía como si se hubiese librado de un gran peso. No sabía con certeza en qué momento su deseo se había concretado en la carrera de Historia; simplemente la idea había ido madurando en él desde hacía algún tiempo. Si lo meditaba, era incapaz de expresar con una frase por qué se sentía atraído por esta disciplina. Algunas de las decisiones capitales que nos afectan son de esta índole

azarosa, las guía una intuición y poseen la fuerza del instinto.

Después de formalizar los requisitos de la matrícula para el próximo curso, Hermógenes se sintió liberado de otro peso. En pocas palabras, estaba pelado. Como mucho, disponía de unos pocos miles de pesetas en la libreta de ahorros. La cuestión, de momento, no le preocupaba, pero al terminar el verano, con el inicio de las clases, sería necesario hacer frente a algunos gastos. Lo cierto era que con la familia no podía contar; ya era suficiente con que no le hubiesen echado de casa y que Adelina continuase suministrándole la pitanza, aunque fuese estampándosela directamente en la cara. Por otra parte, intuía que sería tema de cotilleo y de burla para el resto de los parientes. Se podía imaginar la conversación entre algunos de ellos, también relacionados con la profesión médica:

—¿Ya sabes lo del chico de Eustaquio y Palmira?

—¿No me digas que se ha quedado tetraplégico por la rotura de una vértebra? Es que las motos...

—Peor aún, se ha hecho historiador.

—¿Qué me dices?

—Sí, no somos nada, puñetas. Tenemos que vivir al día... Total, la vida pasa en un suspiro y Dios sabe lo que nos tiene reservado...

Para conjurar estos turbios presentimientos, Hermógenes se acercó al departamento de Arqueología y se extasió ante el tablero de anuncios en el que estaban expuestas las notas finales de algunas asignaturas. Al poco rato, le sorprendió una mano que intentaba sujetar una nota. El propietario de la extremidad era un individuo de altura formidable. Su estructura ósea apenas podía sostener en pie tan gran elevación, de manera que, a partir de la primera vértebra dorsal, se le dibujaba una notoria inclinación, igualita que la Torre de Pisa, lo cual le confería un aspecto desaliñado. Para dar armonía al conjunto, el hombre vestía una camiseta de algodón blanca o, para ser más exactos, amarillenta, un poco ajada, y arriba del todo llevaba por sombrero una gorra gentileza de una entidad financiera. Sólo una imaginación predispuesta como la de Hermógenes podía imaginarse a aquel sujeto inclinado sobre una momia egipcia o sobre los vestigios de cualquier resto arqueológico.

Cuando la visión, o lo que fuese aquello, desapareció, Hermógenes leyó la nota y se sintió aguijoneado. Se convocaba a los estudiantes a una tarea de excavación urgente en la antigua urbe romana. El anuncio era tan tentador para él, como un pastel para un goloso. ¿Le aceptarían?, se preguntó. Aún no era propiamente un estudiante de Historia, aunque la matrícula, en cierto modo, le confería un salvoconducto oficial. Por si acaso, copió la dirección en un papel, por si más tarde decidía ir.

Ahora, el objetivo primordial de su mente era encontrar un trabajo con el que paliar el descalabro financiero y, a tal efecto, Hermógenes se encaminó al bar. Había preparado un cartel en el que se ofrecía para dar clases particulares de inglés. Por

recomendación paterna, había estudiado los últimos veranos en Londres, de forma que su competencia en la lengua de los isleños era prácticamente la de un nativo de la *city*.

Al ir a colgar el anuncio en una columna, otra nota le llamó la atención. Estaba medio suelta y Hermógenes sintió curiosidad por leerla. La caligrafía del escrito era tan embrollada que un epigrafista se las habría visto y deseado si hubiese tenido que descifrarla.

Por lo que Hermógenes podía deducir, se ofrecía trabajo para ocuparse de un bebé, de nueve a dos de la madrugada, de martes a viernes; el sábado por la tarde y la noche, y también la tarde del domingo. El horario intempestivo tenía a cambio la virtud de ser compatible con la excavación romana, y eso, para Hermógenes, era un aliciente de peso.

No sabía si le gustaban los bebés, éste era el único inconveniente. La consulta de su padre siempre estaba llena de recién nacidos, dormidos o pegados al pecho de su madre la mayor parte del tiempo, pero también los había chillones y estridentes como un violín en las manos de un novato. La distancia acabó de decidirle: solamente a ocho minutos en bicicleta desde su casa.

Así pues, aquella misma tarde, Hermógenes se acercó al barrio de Benimaclet y tocó el timbre de un piso de la calle de la Corona.

Le abrió una joven de unos veintitantos años, con el aspecto de acabar de levantarse de la cama. Con la puerta entreabierta y la cabeza apoyada en el umbral, la muchacha hizo chasquear su lengua, que se adivinaba reseca como un estropajo, y respiró bien fuerte por la nariz.

—¡La madre que te trajo, tío! Me has sacado de la cama.

Hermógenes, que no estaba acostumbrado al trato con la plebe, se sintió incómodo.

—Perdón, soy un canguro —acertó a decir finalmente.

—Sí, y yo una elefanta, ¡no te fastidia! —replicó la mujer, que, aún medio adormilada, dudaba de si no se había topado con un loco.

—Quiero decir que trabajo de canguro —se ruborizó Hermógenes—. Vengo por lo del anuncio. ¿No es aquí donde necesitan a alguien para cuidar de un crío?

La joven lo miró fijamente primero y después de arriba abajo. Debió de quedar aceptablemente satisfecha porque, al cabo de poco, se apartó de la puerta y le invitó a pasar.

Sin el preámbulo acostumbrado de un recibidor, Hermógenes se encontró en una especie de salita de estar que debía de hacer también las veces de comedor. Bastaba con una primera ojeada, y no demasiado atenta, para constatar que el desorden se había apoderado de aquella casa: había prendas de ropa de la criatura y de la madre amontonadas en el sofá de cualquier manera, cintas de vídeo diseminadas por el suelo

y, encima de la mesa, un plato con sobras de macarrones y las mondaduras de una pera. Una cómoda completaba el mobiliario, tan estafalaria y fuera de lugar, que parecía la herencia de un tío venusiano. La joven, sin embargo, no se encogió y fue directa al asunto.

—No me esperaba un tío. ¿De veras sabrías ocuparte de él?

Hermógenes, de pronto, cayó en la cuenta de su incompetencia puericultora. La cría de un humano le resultaba tan extraña como la del avestruz australiano.

—No tengo que darle el pecho, supongo —balbuceó confuso.

La joven se puso a la defensiva.

—Oye, ¿a ti no te faltará un tornillo?

—Perdona, no sé lo que me digo. Por supuesto que sí.

—¿Sí?

—Quiero decir que creo que sí, que podría hacerme cargo de él.

—¿De dónde narices has salido tú, majo?

—Ah, ¿quieres ver mis referencias?

—Quiero saber quién demonios eres.

Hermógenes desenfundó su carné de identidad con la misma diligencia que si se lo hubiese pedido un subinspector de policía musculoso.

—Qué raro, ¿verdad?

—¿Raro? ¿Qué quieres decir?

—¿De veras te llamas Hermógenes?

—Oh, eso es como una especie de broma de mi padre. Hermógenes era el médico privado de un emperador romano.

—¿Es médico tu padre?

—Y mi madre, mis abuelos, mis tíos y tías... No conozco a nadie de mi familia que no sea capaz de hacerte una traqueotomía.

—Así Quim estará en buenas manos, ¿no?

—¿Quim es tu hijo?

Por toda respuesta, la joven lo condujo a la habitación de al lado, en la que, sobre un colchón sin almohada y cubierto con una colcha de ositos, una criatura respiraba plácidamente.

—¿Verdad que es guapo?

Así, tan tapado, apenas se entreveía la coronilla rizada del niño, lo suficiente para que Hermógenes le pudiese dedicar una florecilla.

—Tiene unos buenos parietales. Se le formará una buena cabeza, ya lo verás.

—Sí —susurró la madre con un deje de orgullo—, tiene cabeza de ministro.

A pesar de la desconfianza inicial, a partir de aquel momento se estableció una corriente de franco entendimiento entre Hermógenes y Ana, que así se llamaba la joven. Ella le explicó que necesitaba a alguien a quien poder confiar a Quim, porque

su familia estaba lejos y los horarios de las guarderías no se adaptaban a su trabajo de camarera. Después preparó una taza de té, «de Hornimann's», dijo, y se le iluminó el rostro como si hubiese vislumbrado la selva virgen de un país monzónico. Envueltos en aquel aroma, convinieron un precio ajustado, 42.000 pesetas al mes, la tercera parte de lo que ganaba Adelina para, entre otras cosas, empaparle la cara de fideos.

—No te puedo pagar más —se excusó Ana—. Soy viuda.

Hermógenes se conmovió. Era de aquellas personas que en seguida sienten simpatía por el prójimo, lo que comúnmente denominamos gente de buena pasta. Por otra parte, el sueldo ya le parecía bien, si, como la joven aseguraba, Quim dormía como un tronco: incluso podría aprovechar algunas horas para estudiar.

Hermógenes se quedó todavía un rato más en aquel piso modesto, hasta que se despertó el niño, para romper el hielo entre ellos y no presentarse al día siguiente como un desconocido. Quim se levantó con una violenta patalita sin ningún motivo aparente; lloraba, gritaba y lanzaba objetos a diestro y siniestro. Ana le ofreció un biberón de leche y él, a base de señales y de onomatopeyas, le hizo cambiar el recipiente, primero por un vaso y después, nuevamente, por el biberón. Tan pronto quería estar en brazos como, si lo cogías, se lanzaba al suelo sin avisar. Su comportamiento era tan imprevisible como el de un epiléptico en plena crisis. Finalmente, se fue calmando. Se dio cuenta de la presencia de un desconocido en casa y, desde aquel momento, le dedicó a él todas las gracias. En definitiva, Quim se comportó como un energúmeno y, viendo sus saltos por encima del sofá, Hermógenes se convenció de que se había topado con una especie de gorila, un Gaspar Hauser incivilizado. Si ésta era su tarjeta de presentación, justo es decir que Hermógenes quedó verdaderamente impresionado.

## 2. Escucha, mocoso, que esto es el abecé

Cualquier lego en Arqueología puede imaginarse cómo es una excavación. Uno se imagina un agujero y, agachado en su interior, en cuclillas o de rodillas, a alguien con una picola en la mano, retirando tierra de un descubrimiento. Eso es lo que esperaba encontrar también Hermógenes cuando abrió la puerta metálica que protegía el solar de la calle del Mar. Sin embargo, lo que vio tras aquella cerca, lejos de animarle a coger la picola, estuvo a punto de provocarle un síncope. En el fondo de un agujero, de unos tres metros cuadrados y alrededor de dos de hondo, había tres esqueletos, dos de los cuales estaban rodeados de vísceras, músculos, piel, camisetas y pantalones cortos, que pertenecían a dos individuos de raza blanca, dormidos los dos. El tercer esqueleto, descamado, permanecía inerte en medio de los otros y, por su aspecto, debió de estar de buen ver unos veinte siglos atrás, cuando el emperador Tiberio campaba ocioso por los palacios de Roma.

Hermógenes no se atrevió a romper la armonía de aquel trío y se sentó a esperar a que alguno de ellos se despertase. Y entonces, el que permaneciese quieto o bien huyera corriendo hasta Polonia, dependería básicamente del esqueleto que tomase la iniciativa. Pero no fue necesario comprobarlo. Al cabo de unos minutos, la puerta metálica se abrió de nuevo y apareció el hombre que había visto pegando la nota el día anterior en la facultad. Llevaba la misma camiseta ajada y la misma gorra, que acumulaba secreciones de sudor igual que las babas de un caracol. Hermógenes se presentó.

—¿Nos hemos visto antes, chaval?

El joven se sintió halagado de que el arqueólogo le recordase de su breve encuentro.

—Sí, en la facultad, ayer.

—¿En la facultad? ¿Pero tú no eres el hijo del panadero?

—Oh, no.

—¿Tú no haces pan?

—Yo... Estoy matriculado en Historia. Vi el anuncio y... Me gustaría ser arqueólogo —balbuceó Hermógenes.

—Ah, el anuncio, sí...

El hombre se lo quedó mirando como si le viese por primera vez. A continuación añadió:

—¿Qué anuncio?

—Bueno —dudó Hermógenes—, me parece que andaba buscando estudiantes para hacer una excavación urgente, creo. Vaya, no sé.

El adjetivo «urgente» activó al hombre como si le hubiesen pinchado.

—La madre que me parió, no terminaré, no terminaré... —gruñó.



—¿Qué dice? —se alarmó Hermógenes.

—¿Qué haces que no coges la picola, zoquete? ¡Venga, a trabajar! ¿Y los demás? ¿Dónde están? ¡Me cago en la leche!

El hombretón se desplazó errático por el recinto arqueológico sin dejar de proferir juramentos. A pesar de la inclinación de su columna, demostró una agilidad considerable al bajar al agujero excavado donde dos de los esqueletos, los rellenitos de carne, ya se habían incorporado y disimulaban con un ritmo de trabajo frenético.

La ropa de Hermógenes era absolutamente inapropiada, pero era tan grande su deseo de empezar el trabajo y tanta la autoridad que emanaba de aquel hombre, que le siguió al interior del agujero sin pensárselo dos veces.

Mientras el arqueólogo echaba la bronca a los operarios por su lentitud, Hermógenes observó fascinado el corte que había dejado abierto aquella prospección, con la misma reverencia con que habría espiado el cuerpo desnudo de una mujer. Se le puso la piel de gallina ante la idea de que eran las primeras personas que contemplaban aquella secuencia vital, adormecida durante siglos. ¡Oh, cuántas enseñanzas contendrían aquellas paredes si uno sabía interpretarlas!

Uno de los esqueletos dormilones le puso una picola en la mano y lo sacó de su ensueño. Se presentó como Iván. Hermógenes comprendió, por la manera en que le entregó la herramienta y por cómo le miró a los ojos, que era de naturaleza burlona; tenía un aspecto lánguido y una picardía insoportable al mismo tiempo. El otro se llamaba Toni y, básicamente, se dedicaba a reírle las gracias a su compañero. Habría podido pasar perfectamente desapercibido si no hubiese sido por sus risitas de hiena. Hermógenes se sorprendió de que no le hiciesen ni una pregunta y lo aceptasen sin más.

—Cava a unos cinco centímetros alrededor de todo esto, pero no te cargues a Patri —le soltó Iván.

—No, por supuesto.

Por más que lo pensaba, Hermógenes no recordaba de ninguna de sus lecturas qué demonios era Patri, pero no quería reconocer su ignorancia ante Iván, ni darle la satisfacción de que se lo explicase. Se mordió la lengua y empezó a cavar.

Se había imaginado de otra forma su debut arqueológico. Había imaginado que el profesor Freixas (ya sabía su nombre de escuchárselo a los otros) le acompañaría por el perímetro excavado y le revelaría hasta el más recóndito secreto, pero ni siquiera estaba muy seguro de que aquel despistado se acordase de él si se le volvía a poner delante.

Durante más de dos horas estuvo picando y retirando tierra con la ayuda de un legón y un pequeño capazo de goma. Toni e Iván hacían turnos ante el cedazo y cribaban el material, separando los trozos de cerámica, cristal o hierro por minúsculos que fuesen. De cuando en cuando, exclamaban con una alegría fingida: «¡tierra

*sigillata!*»; y el profesor Freixas acudía a comprobar la relevancia de un descubrimiento. Hermógenes no era ajeno a este vocabulario, había leído bastantes libros de Arqueología y sabía que la calidad de la cerámica servía para datar los yacimientos. La tierra *sigillata*, por ejemplo, pertenecía a la época romana. En cambio, Patri continuaba siendo un misterio para él.

Hacía calor, incluso para el mes de julio, y Hermógenes se había quitado la camiseta y los pantalones, y se había quedado en calzoncillos, en parte también para no ensuciar la ropa. La cabeza, sin la protección de un sombrero, le hervía como una olla en el homo, y Hermógenes se había atado un trapo húmedo tal como hacen los albañiles.

De vez en cuando, Iván y Toni le lanzaban indirectas en un código secreto que provocaba entre ellos un sinfín de risitas de complicidad. Hermógenes se sentía desubicado, como el condenado que acaba de llegar a la prisión y ve amenazas por todas partes.

—¿No tienes frío? —le soltó Iván en un tono que se podía considerar amistoso.

Ya se podía haber imaginado que había gato encerrado detrás de tanta amabilidad. Toni, más bruto, se lo aclaró:

—Tendrías que cubrirte. Patri se esta poniendo cachonda.

Por la mirada de aquel imbécil, Hermógenes descubrió que se refería al esqueleto. Patri-Patricia, ahora lo entendía. Hizo memoria para verificar que se había comportado como un necio y cayó en la cuenta de que Toni e Iván sabían que ya lo había descubierto, y por ello se reían aún más. Le habían tendido una trampa y él había caído de cuatro patas.

—Yo voy a taparme, empieza a refrescar —dijo con sorna Iván; que iba también con el torso desnudo.

Hermógenes sentía que siempre iba detrás de ellos, pero ahora el tono malicioso era evidente. De pronto reparó en algo: le había desaparecido la ropa y sin duda aquellos dos granujas eran los responsables. Miró en dirección al profesor Freixas y le vio dibujando planos, sumido en la Valencia romana. Por este lado iba a sacar muy poco, pensó. Vio que tenía que enfrentarse a la situación él solo. Intentaba evitarlos, pero los Ivanes y los Tonis, solos o en parejas, siempre acababan por encontrarle. Por eso tenía pocos amigos, por eso había acumulado fama de excéntrico. En la escuela, durante el recreo, prefería quedarse solo en clase. Quizá fue allí donde se despertó su vocación, leyendo sin cesar una y otra vez el libro de Historia, para no tener que salir al patio.

—De acuerdo, ¿dónde está?

Toni se hizo el inocente:

—¿Dónde está quién? ¿Patri? —preguntó con su risita de hiena.

El orgullo impedía a Hermógenes ser más explícito. Notaba cómo se le nublaban

los ojos y le temblaba la voz. Sintió una rabia muy antigua, como una herida mal curada que se resiente con los cambios de tiempo, y le vino a la cabeza más de un nombre de antiguos compañeros. «Por el amor de Dios, que no vuelva a comportarme como un mierda», refunfuñó para sí.

Buscó su ropa por todo el yacimiento, acompañado por las voces de Iván y Toni, que, de vez en cuando, le lanzaban un «caliente» o «helado», con una expresión neutra, como si la cosa no fuera con ellos. Era evidente que se reían por dentro, se imaginaba Hermógenes, y que estaban marcando su territorio, como hacen los animales con su orina, para alejar a los intrusos no deseados. Claro que eso ellos ni lo sospechaban; se dejaban guiar por el instinto, como las bestias.

A Hermógenes se le pasó por la cabeza que tendría que irse a casa en calzoncillos. En un arrebato tremendista, se imaginó los comentarios de la parentela:

—¿Ya sabes la última del hijo de Eustaquio y Palmira?

—¿Que se ha hecho arqueólogo? Sí, ya lo sé, no somos nada.

—No, mejor aún, ahora ese imbécil se pasea en pelotas por toda Valencia.

Por suerte, descubrió su ropa en el fondo de un pozo árabe ya excavado en otra prospección anterior. Hermógenes bajó a su interior poco a poco. Los ladrillos se ajustaban compactos, sin argamasa, lo que le confería a la obra una apariencia frágil. Por más que la razón lo tranquilizase, tenía miedo de que, de un momento a otro, le cayesen a la cabeza un montón de piedras. Pero estaba equivocado, lo que le cayó fue un cubo de agua y, después, como una segunda plaga divina, un capazo de arena cribada. Se estremeció de pies a cabeza, más por el susto que por la impresión del agua fría sobre el cuerpo desnudo. De pronto le entró un miedo claustrofóbico y se vistió a toda prisa con la ropa empapada y sucia.

Después, subió por el pozo con la habilidad de un mandril cojo. Cuando se encontraba más o menos a la mitad de la escalada, oyó unos gritos estridentes:

—Tres días, ni uno más, payasos, y me presento aquí con una excavadora que lo arrase todo. ¡Por la madre que me parió! ¡¡¡Todo!!!

Hermógenes se preguntó dónde había oído antes aquel bramido de elefante, aquella fuerza de la naturaleza. Por supuesto, en África no. El joven asomó la cabeza con precaución, lo justo para ver cómo el señor Eduardo, médico de reconocido prestigio, desencajaba los goznes de la valla metálica. Ni que decir tiene que si su tío manipulaba el bisturí con la misma ferocidad con la que había blandido la puerta, debía de haber provocado cicatrices bastante curiosas entre los valencianos.

—Hermógenes no sabía qué le incomodaba más, si el silencio de sus padres o el desprecio de Adelina. Con frecuencia ella había desempeñado el papel de una madre con él, aunque seca. Le había protegido de los peligros y le había puesto en guardia con su repertorio de aforismos: «Cuidado con las esquinas, renacuajo», «cuidado que

te van a arrear», «tú primero le rompes la cara, y después pregunta qué quiere...» Adelina sentía una fuerte inclinación por la didáctica. Solía empezar sus advertencias con un «escucha, mocoso, que esto es el abecé», y seguidamente le soltaba un consejo digno de Al Capone. Hermógenes la había escuchado desde niño con la misma devoción que un púgil novato escucharía a un antiguo campeón de los welters.

Su talante pacífico le había impedido poner en práctica los ardidés agresivos de Adelina, pero siempre había buscado refugio en aquella mujer firme como el mármol, le daba una seguridad que él no poseía. Ahora también, en la entrada de la puerta de servicio, sucio de pies a cabeza, buscó su ayuda. Sin ninguna muestra de sorpresa, secándose las manos con el delantal, Adelina le soltó:

—Si fueras mi hijo, te abría la cabeza ahora mismo.

A continuación le hizo entrar con un «venga, pasa, trasto», y entre el verbo y el adjetivo le arreó un cogotazo.

Hermógenes tomó un baño caliente. Estuvo veinte minutos con los ojos cerrados e incluso dormitó un poco; evitaba pensar en los acontecimientos de la mañana, pero una y otra vez le venían a la cabeza como una maldición. Le asaltaron las dudas: ¿de verdad le gustaba aquel ambiente? Se había dejado arrastrar por el tedio de Iván y Toni, y ello le había provocado irritación. Él no había elegido a aquellos compañeros estúpidos, ni se había humillado sólo para sacar capazos de tierra. Y lo peor de todo era que no sabía por qué había ido allí, ni podía explicarse su interés racionalmente. Se sorprendió de no haberlo sabido nunca. La intuición inicial había dejado paso a la rutina, una rutina que le había hecho soñar durante años y que, sobre todo, había suavizado el destino que le tenían reservado sus padres. Sin solución en el horizonte, la duda dio paso a la frustración: tenía diecisiete años y sólo estaba seguro de que no quería ser médico. El bagaje no podía ser más pobre.

Sus padres le esperaban en el comedor, toda una novedad, porque hacía meses que no comían juntos; por Navidad, creía recordar. Si le era difícil expresar la curiosidad que sentía hacia los tiempos remotos, aún menos comprendía sus sentimientos hacia sus padres.

En seguida se dio cuenta de que lo estudiaban con la delicadeza del que teme las reacciones de un loco y se sintió incómodo. Tenía miedo de llevar sus dudas escritas en la cara.

—¿Ya te has matriculado? —le preguntó su madre, si bien su tono en realidad significaba: «¿ya has echado tu futuro a la basura?».

—Sí —respondió Hermógenes bajito y tratando de mostrar que no había captado ninguna alusión.

—¿Qué piensas hacer ahora? —terció el padre, con una inflexión tal que Hermógenes creyó entender: «¿piensas atracar un banco o dedicarte a matar ancianas?».

—Tengo un trabajo —respondió manso aún su hijo.

Palmira intercambió una mirada irónica con su marido.

—¡Ah, un trabajo! Qué interesante... ¿Qué clase de trabajo?

—Soy... Bueno, digamos que...

—¿Sí?

—Doy clases de repaso, clases particulares, de... De inglés.

—Vaya, por lo visto de alguna cosa te han servido los estudios en Londres, ¿verdad? —le pinchó su padre.

Hermógenes se sentía como si estuviese en medio de un polvorín. Intuía que si contestaba «yo no os pedí ir a Londres», que era lo que realmente pensaba, la frase provocaría una deflagración de dimensiones incontrolables. Por lo tanto, se mostró cauto.

—Os estoy muy agradecido por ello.

Eustaquio Torres, en cambio, había llegado al nivel en que los volcanes cegados provocan la catástrofe. Lanzó la servilleta, rojo de ira, y se encaró con la madre.

—Te lo dije, ¿no? ¡Te lo dije! Yo claudico. Para mí, ha muerto, muerto, ¿me entiendes?

En su apresurada partida, el señor Torres volcó un vaso de vino, que se derramó por el mantel. Palmira miró a su hijo a los ojos y descubrió en ellos un abismo; tuvo la intuición de que quizá se había equivocado, que había atizado demasiado el fuego y que era preciso restablecer algún puente entre ellos.

—Ya sabes que eso lo ha dicho porque te quiere, ¿verdad?

—Sí, ya lo sé —mintió Hermógenes.

Ana llegaba tarde. Hasta el último momento le había estado dando instrucciones.

—En el armario tienes los medicamentos, en la caja de plástico, te acuerdas, ¿verdad? El Dalsy para la fiebre, el Trombocid...

—El Trombocid para los golpes, sí, me acuerdo de todo.

—¡Ah!, ha cenado bien, pero si tiene hambre, le preparas un biberón de leche. Sabes dónde está la leche, ¿verdad?

—¿En el lavabo?

—¿Qué?

—Es una broma. Todo irá bien, no sufras sonrió Hermógenes.

La joven suspiró y le dio un papel.

—Bien, aquí tienes el teléfono del bar. Está aquí mismo, a tres minutos. Si necesitas algo...

—Ya.

—Ah, si te pide «co», es que quiere un poco de Cola-Cao...

—Sí, y «gua» es agua; «mo», más; «a yo», ahora yo... Conozco su repertorio,

tranquila.

Quim no estaba preocupado por quedarse solo con Hermógenes. Había estado jugando con él casi media hora y apenas se dio cuenta de la ausencia de la madre. Hermógenes le mantuvo ocupado; esparció algunos juguetes por la alfombra y se entregó a los caprichos del niño. Quim quiso montar un tren, las vías de un tren, y Hermógenes le siguió la corriente. Cuando consiguieron un circuito cerrado, el niño colocó la máquina sobre los carriles y ordenó:

—«Ten», va.

—No, Quim, lo siento —dijo con pesar Hermógenes—, el tren no va.

—Va —insistía la criatura.

Hermógenes dio un empujoncito a la máquina.

—¿Lo ves?, no quiere andar.

De repente, al niño le dio un berrinche; cogió el tren y lo estampó contra la pared.

—«I» va. «I» va.

—No, Quim, no va.

Hermógenes, tranquilo, cogió la máquina de tren y se la mostró al chiquillo.

—Está enfermo, ¿lo ves? Le faltan pilas.

Quim puso cara de interrogación.

—¿No lo entiendes? —le acarició Hermógenes—. Le falta el biberón, no ha tomado la lechecita.

—No va —se lamentó el chiquillo.

—Eso es, Quim, no va.

De pronto, Quim colocó el tren en el carril y dijo:

—«Mo».

—¿Más?

—«I» va. «Bu».

—¿Biberón?

—«I».

—¿Que le dé el biberón?

—«I». «Bu». «Bu».

Quim se empeñó en que Hermógenes lo cogiera en brazos mientras preparaba la leche. El crío por lo menos debía de pesar unos doce kilos. Hermógenes se agachó para encender el gas y tuvo que mantener a la criatura separada del cazo. Empezó a notar las punzadas en los brazos por el trabajo con la picola. Además, Quim no se estaba quieto ni un instante, pretendía poner el Cola-Cao y lo desparramó por la encimera. Hermógenes se enfadó y dejó a la criatura en el suelo.

—A «ba».

—Un momento, Quim, ahora te cojo.

—A «ba», a «ba» —suplicó el chiquillo con los brazos hacia arriba.

—Que ahora te cojo, puñeta, déjame en paz.

Quim captó la irritación de la frase y se echó a llorar. Hermógenes frunció la boca y, con indolencia, lanzó la cuchara del Cola-Cao al fregadero. Seguidamente, cogió al chiquillo y lo abrazó.

—Hermógenes es un imbécil, ¿verdad Quim?

—«I» va, «ten».

—Pues claro que va el tren, sólo le falta la lechecita —sonrió Hermógenes, y le acarició la mejilla.

El niño se fue calmando. A Hermógenes también le sentaron bien aquellas caricias; se sentía tan desamparado como aquella criatura y, de hecho, era como si al acariciarla, se consolase a sí mismo de su propia soledad.

Después de darle el biberón, que Quim sorbió con la vehemencia de un náufrago, Hermógenes se lo cargó en brazos y lo paseó a oscuras por la habitación. De vez en cuando, el niño se incorporaba un poco y llamaba a la madre, «ma», decía, pero se fue quedando dormido con la canción de cuna de su canguro, una de las que Hermógenes había aprendido de niño y que, hasta entonces, no sospechaba que tuviera tan arraigadas.

—Fenilcetonuria: enfermedad genética poco usual en la que falta una enzima capaz de descomponer el aminoácido denominado enilalanina. Esta sustancia se concentra y ocasiona lesiones en el cerebro. Filiariosis: enfermedad tropical causada...

Con esta nana, el pobre Quim pronto quedó dormido con la misma pesadez que si le hubiesen inyectado una garrafa de cloroformo.

Hermógenes aprovechó su inmovilidad para sacarse los zapatos y acostarse en el sofá. De pronto recordó que no le había cambiado los pañales a Quim. Pensó que daba igual y trató de echar una cabezada, pero fue en vano. Era como si se arrojase bajo las cataratas del Niágara; éste era el efecto que le produjo la mala conciencia. Se levantó, pues, y fue a cambiar al niño.

La habitación de Quim, al lado de la de su madre, estaba llena de trastos inútiles que hacían las veces de juguetes y que Ana compraba en las tiendas de «todo a cien». Hermógenes, descalzo, se clavó en el pie uno de esos trastos cuando iba a coger los pañales, un dado de plástico duro que estuvo a punto de seccionarle lo que para sus padres era el abductor de la falange y, para él, su pobre dedo meñique. Se tragó una maldición y fue a la pata coja hacia el lavabo.

En el lugar donde pensaba encontrar algodón y una venda, en una caja blanca con la cruz roja y el rótulo de «botiquín» pegado en la puertecilla, encontró cajas de cosméticos, un tubo de desodorante y algunos frascos de colonia. Incluso encontró allí metido un sujetador negro de encaje. El único algodón que había era el de los palitos para limpiar las orejas.

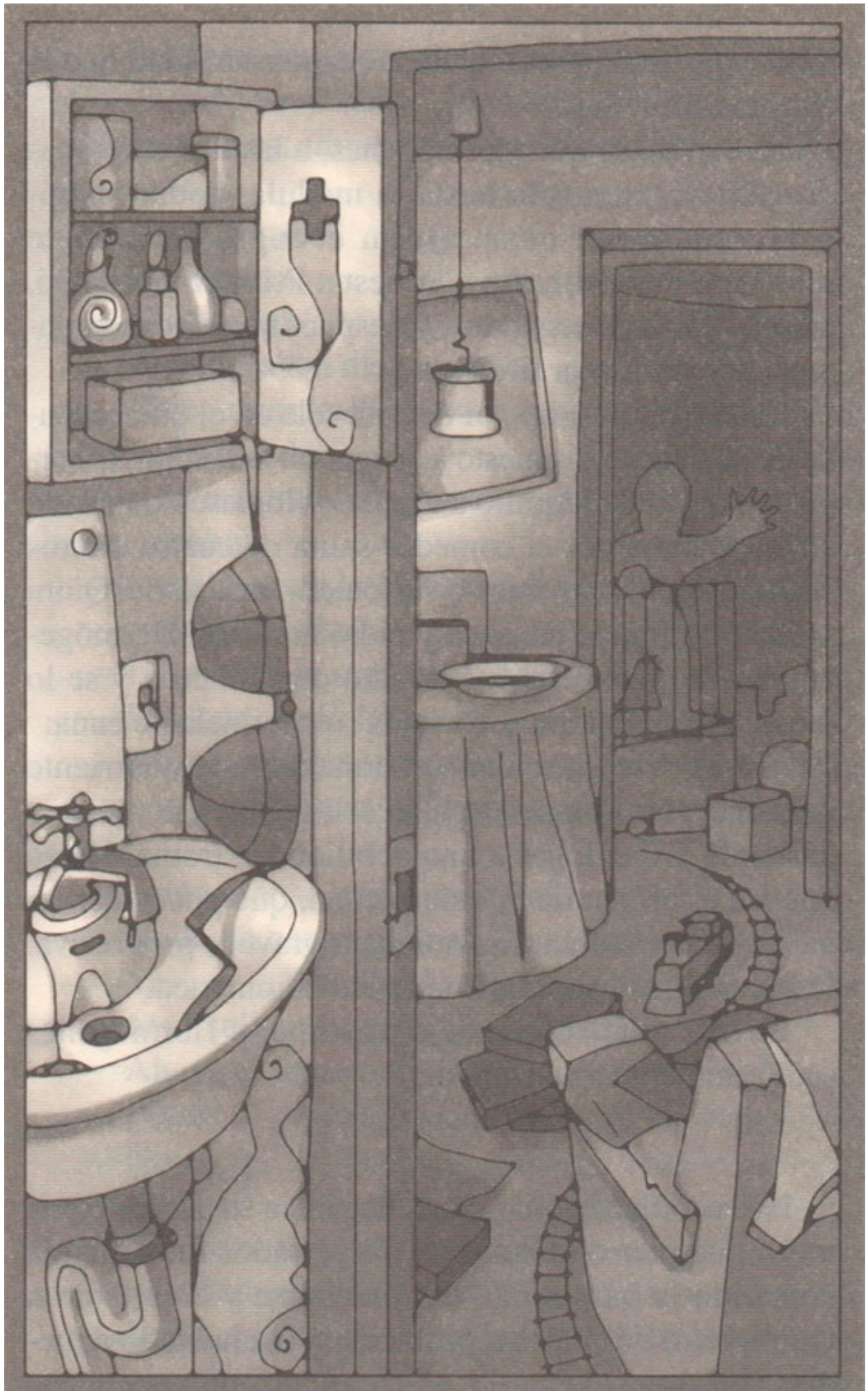
A Hermógenes le entró miedo de morir desangrado. Si tenía alguna duda sobre su futuro, ahora veía confirmado que no quería ver sangre ni en pintura. De todas formas, aquélla era su propia sangre y, ni que fuese porque corría por sus venas desde hacía años, le tenía una gran estima. Eso le hizo reaccionar e intentó taponar la herida, primero con papel higiénico y después con una compresa extra fina de Ana, que también encontró en el botiquín. Ya no se habría sorprendido de encontrar allí una lata de anchoas, cualquier cosa excepto esparadrapo y algodón.

El corte, al fin y al cabo, no era tan grande como para que se le escapase el alma; apenas como el araño de un hilo de cobre. No obstante, Hermógenes seguía pálido cuando se puso los calcetines y los zapatos. Se había desvelado completamente y la cabeza le iba a cien por hora. ¿Cómo podían Quim y Ana vivir en aquel nido de ratas? Si Adelina pudiese verle por un agujero, tendría de sobras para una semana de aforismos.

Precisamente se trataba de eso, pensó Hermógenes: Ana no disponía de ninguna Adelina y tenía que salir adelante sola como mejor podía, y encima viuda. Se compadeció de aquella evidencia (eso era lógico en un espíritu generoso como el suyo) y en seguida se puso manos a la obra. Ordenó la habitación de Quim, lavó a mano algunas prendas del niño y las tendió en el lavabo, incluso barrió el piso, lleno de pelusas, y fregó unos platos en los que las bacterias debían de sentirse tan a gusto como en un balneario suizo.

Hermógenes experimentó la satisfacción del que consigue una gesta mítica. Echado en el sofá, se deleitó con la limpieza del lugar. Se sentía orgulloso porque ya nada volvería a ser igual en aquella casa; consideraba que había instaurado un nuevo régimen, y donde antes reinaba la anarquía ahora el detergente imponía el orden. Imbuido de referencias históricas, era normal que le viniese a la cabeza la imagen de Alejandro Magno a las puertas de Babilonia. Creía entender cómo debió de sentirse el general macedonio después de la conquista de Persia, exaltado y temeroso al mismo tiempo, el único que era consciente de la responsabilidad que le caía encima.





La verdad es que Hermógenes, a las dos de la madrugada y extenuado hasta la médula, podía imaginarse cualquier cosa. Quim escogió este dulce momento para sumarse a la fiesta. Primero lloriqueó, no más de cinco segundos, y después berreó con la potencia de un pastor tirolés.

Hermógenes salió del duermevela en el que acababa de instalarse, dispuesto a apagar un incendio. Se cargó de nuevo el chiquillo a cuestas y lo paseó cojeando arriba y abajo por el comedor-salita de cuatro metros cuadrados. Más o menos un kilómetro más tarde, Quim se había calmado un poco y pidió un «bu». Hermógenes, medio narcotizado, preparó otro biberón y se lo dio en el sofá mientras recitaba su cantinela de cuna:

—Distrofia muscular: enfermedad poco corriente que afecta las fibras musculares, las cuales se van desgastando y dan lugar a una debilidad extrema. No se conoce el origen de la enfermedad, que puede ser leve o convertirse en una dolencia grave y progresiva. Osteoartritis: lesión de una articulación que...

En este punto Quim dejó de sorber y Hermógenes se durmió como un tronco.

No recordaba cómo había llegado a su casa. Lo primero que pensó al sonar el despertador fue si había cometido la barbaridad de marcharse y dejar solo a Quim. Pero después recordó que había hablado a medias con Ana:

—Perdona, las cosas se han complicado en el bar, no he podido venir antes —le había dicho ella.

Hermógenes, amodorrado por el sueño, se había incorporado.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro.

—¿Las cuatro?

—Bueno, faltan diez minutos.

—¿Diez minutos? Ah, entonces es muy temprano —había ironizado.

Ana se mostraba incómoda, se notaba que sopesaba las palabras.

—Oye, he visto lo que has hecho...

—¿Qué he hecho?

—La cocina, la ropa, ya sabes...

—Perdona, no lo he hecho para molestarte...

—No, no me ha molestado. Lo que sucede es que... no puedo pagarte más de lo que te dije. Soy viuda, ya sabes.

Hermógenes se había sonrojado.

—No lo he hecho por eso. Tenía tiempo...

—Ya, ya... ¿Has tenido algún problema? —había preguntado ella para cambiar de tema.

—Ah, sí, el tren.

—¿Qué?

—No va.

—¿No va?

—No, no tiene pilas.

Ana, atónita, había arrugado la nariz.

—Oye, ¿quieres quedarte a dormir? Te puedo preparar el sofá.

—No, gracias, estoy bien. Adelina se preocuparía si no regreso.

—¿Adelina? ¿Quién es, tu madre?

—No, la criada.

—Ah.

Ana aún le había ofrecido una taza de café, pero él se moría de ganas de volver a su casa y echarse en la cama. Seguramente había usado la bicicleta, pero el frescor de la madrugada no consiguió despabilarlo y no recordaba nada del trayecto. Llegó a pensar que quizá lo había hecho sonámbulo.

Al levantarse, pocas horas después, Hermógenes se dirigió a la cocina y encontró a la criada que lo amenazaba con un desayuno de karateca en plena competición.

—Sólo quiero un café —rechazó él amablemente.

—Mira tú qué fino, un café, ni que fuese un ejecutivo, el mocoso este.

—Es que no tengo apetito.

—Te estás quedando en los huesos. ¿Has visto qué cara tienes, perdulario?

—Acabo de levantarme, ¿qué quieres?

—Te pasará como a la burra del capellán. ¿Sabes qué le pasó a la burra del capellán?

—¡Yo qué sé qué le pasó! Anda, déjame, Ade, guapa, que estoy cansado.

Tanto si quería como si no, Adelina le gritó al oído lo que le había pasado a la burra del capellán:

—... Y se acostumbró a no comer y se murió de hambre, ya ves.

—Ah, sí, no lo sabía.

Adelina cogió a Hermógenes por la barbilla y le obligó a mirarla.

—Escúchame, niño, esto es el abecé: quién no come pierde el nabo, ¿me entiendes?

—¿Qué?

—Se le cae a pedazos.

—No digas tonterías, Ade, ¿quieres?

—Ya lo verás, cuando quieras no podrás.

—Está bien, de acuerdo, me comeré unas galletas. ¿Estás contenta?

Adelina le plantificó un vaso delante.

—¡Y esto!

«Esto» era un purgante que no tenía nada que envidiar a la nitroglicerina. Hermógenes tomó un sorbo y notó que los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Qué es esto? —dijo sofocado.

—¿A ti qué te importa? Venga, todo adentro, sin respirar.

Sea como fuere, el brebaje tuvo la virtud de despabilarlo del todo. Fue el primero en llegar a la excavación de la calle del Mar. El silencio del yacimiento actuaba en él como una especie de bálsamo. Hermógenes sentía curiosidad por comprender la enseñanza de las piedras, pero todavía no sabía interpretar aquel nuevo lenguaje. Era como si hubiese llegado a un país ignoto y sólo conociera algunos rudimentos del idioma nativo. Lo que para él era poco más que un agujero, al profesor Freixas le informaba acerca de la vida de una familia romana, en el supuesto de que lo que veía ante sí se tratase de una casa. Y el conjunto de viviendas le hablaría de la vitalidad de una ciudad, del comercio, de cómo se relacionaban las personas entre sí, de sus miedos...

Pero ¿todo eso para qué? Como decía su padrino, ¿de qué carajo servía? Hermógenes era incapaz de encontrar una respuesta. Desde siempre los humanos habían querido dejar constancia de su paso por el mundo. Todas las culturas, más o menos rudimentarias, sentían la necesidad de hacerlo, como en un intento de perpetuarse. Y también todas las culturas habían tenido la curiosidad de averiguar de dónde procedían y la voluntad de venerar su origen.

Incluso su tío Eduardo había tenido que estudiar la evolución de la medicina, tantos esfuerzos individuales que la perspectiva del tiempo convertía en pequeños pasos y, al mismo tiempo, en un gran avance colectivo.

Pero su tío era un ser mezquino, incapaz de ver más allá de sus narices, y todo aquello le había dejado indiferente. Hermógenes, en cambio, se sentía fascinado por la acumulación de este saber, sentía como si lo hubiesen reservado para él. No sabía por qué le gustaba la Historia, y eso le angustiaba, pero sentía curiosidad por ella. En cierta manera, intuía que esta rememoración era un tributo que los muertos exigen a los vivos. Este pensamiento le condujo a otro paralelo: no era extraño, pues, que su padrino fuese tan reacio a pagar sus impuestos, del tipo que fuesen.

Hermógenes se sorprendió mirando fijamente el cadáver que la prospección había sacado a la luz y que lo atraía como un fuerte imán. Seguramente, era lo que le había provocado estas reflexiones. Quizá había empezado a hablarle o era él quien había empezado a comprenderlo. En cualquier caso, Hermógenes no era del todo analfabeto, como Iván o Toni.

Bajó al agujero y examinó el esqueleto de cerca. Lo habían enterrado en posición horizontal, ligeramente inclinado sobre el lado derecho, con una mano encima de la otra. Aquellos imbéciles, Iván y Toni, estaban completamente equivocados. El cadáver, por la forma de la pelvis, correspondía a un varón, y por la longitud y la

aparición de los huesos, a un adolescente, un muchacho de su edad más o menos. Para Hermógenes, no entrañaba ningún enigma; sus padres le habían enseñado tantos esqueletos a lo largo de su vida y habían hablado del tema con tanta profusión delante de él que, en cierta forma, podía considerarse un experto.

A partir de aquel momento, aquella osamenta dejó de ser un objeto inanimado y Hermógenes la consideró con el estímulo de lo que se reconoce. Entre los miles de cadáveres romanos, aquél significaba algo para él. Poco importaban sus vicisitudes personales, seguramente imposibles de recuperar con los testimonios que disponían los historiadores, pero la identificación de Hermógenes con aquel esqueleto le impelía a saber, había despertado en él un deseo incontenible de conocer. Casi sentía que le debía algo. Y Hermógenes sí que era de los que pagan sus tributos, del tipo que fuesen.

Una voz que pretendía ser cáustica, lo sacó del ensimismamiento:

—¿Qué haces pelando la pava con Patri? ¿Ya te has declarado?

—Oye, Iván, ¿puedo hacerte una pregunta?

—No —cortó el aludido.

Hermógenes ignoró la broma.

—¿Qué se hace con los objetos que sacamos de la excavación? ¿Adonde van a parar?

—Se los vendemos a los anticuarios, sacamos una pasta.

—¿Cómo que los vendéis? —se escandalizó Hermógenes, pero de nuevo la sonrisa maliciosa de Iván le reveló que había metido la pata.

—¿Es que nunca puedes hablar en serio? —preguntó indignado.

—¿Tú eres memo, verdad?

De repente a Hermógenes le vino a la cabeza el abecé de Adelina: «rómpele la cara y después pregunta». Sin embargo, apretó los dientes y se puso a cavar.

¿Qué demonios hacían con los hallazgos? Hermógenes había observado que los clasificaban en bolsas de plástico y que, cada día, se las llevaban del yacimiento. Sabía que todo el material debía ser lavado, y los pedazos, reconstruidos fragmento a fragmento, pero a él no le habían invitado a participar en aquella operación. Se dolía de la falta de confianza, sobre todo porque aquello le impedía estudiar de cerca la cerámica, ver las diferentes tonalidades de cada pieza cuando el agua se llevaba la arena. Hermógenes habría dado una parte de su sueldo de canguro por asistir a aquel proceso. Se imaginaba una sensación tan intensa como la del buscador de oro cuando descubre una pepita dorada en el fondo del tamiz.

Le habría gustado hablar con el profesor de estas cosas. Hermógenes estaba deseoso de ser un discípulo, y estaba dispuesto a venerar al maestro que le tendiese la mano, pero Freixas era como un avaro que, temeroso de los ladrones, esconde su tesoro de la vista de todos, incluso de él mismo. Su necedad le impedía compartir su

saber y, más grave aún, impregnarse de los conocimientos de los demás.

Por lo que deducía de algunos comentarios despectivos de Iván y de Toni, el señor Freixas era el hazmerreír de todo el mundo en la facultad. Por eso le costaba tanto encontrar adeptos que trabajasen para él; sólo algunos holgazanes como Iván y Toni, y un memo desinformado como por ejemplo Hermógenes.

Encerrado en su torre de marfil, el profesor se había emperrado en defender una teoría sobre la fundación íbera de la ciudad, que la Arqueología había desmentido invariablemente.

En los niveles inferiores de los yacimientos siempre se habían encontrado restos romanos. Si había algunos de la cultura íbera, se debían a los intercambios comerciales con los poblados vecinos de Edeta y Arse, la actual Sagunto, pero raramente se habían encontrado objetos íberos aislados en los niveles inferiores, y nunca asociados a construcciones estables. Eso suponía que Valencia era una fundación romana, teoría avalada por las exiguas informaciones de la documentación escrita.

El profesor Freixas basaba su argumentación en las noticias de algunos cronistas parciales que deseaban otorgar a la ciudad una fundación más antigua. Él también había sucumbido a esa tentación chovinista. Más que la razón, su deseo intenso le preparaba para interpretar las pruebas de una hipótesis tan absurda. Bastaba con algún vestigio ambiguo... Lo que el profesor Freixas no se imaginaba es que estaba muy cerca de encontrar ese indicio.

### 3. Soy memo

Quim se puso contento en cuanto vio a Hermógenes aquella tarde, y aún más cuando su cuidador sacó de la mochila cuatro pilas para el tren.

—«Ten. Bu, ten» —gritó.

Ana estaba sorprendida y se emperró en pagar las pilas.

—No las echarán de menos, las he sacado de una vieja radio —la tranquilizó Hermógenes.

—Es que no me gusta deber nada a nadie.

—Son un regalo, no sufras.

—Si lo mimas tanto, no te lo sacarás de encima.

—Pero si a mí me gusta más que a él, de veras.

A pesar de las sinceras palabras de Hermógenes, Ana se mostraba aún incómoda.

—Escucha, yo...

Hermógenes sacó pecho como un filántropo. Se sentía eufórico por ahorrar a la pobre viuda un gasto, aunque fuese mínimo. Además, si sus padres echaban en falta las pilas de la báscula del baño, las repondrían inmediatamente, en el tiempo que le costase a Adelina comprar otras nuevas.

—¿Cómo tengo que decírtelo? No me debes nada, me gusta hacerle regalos a tu hijo. Es cosa mía —añadió ufano.

—Sí, pero...

—Además, así no me pedirá tanto que lo coja en brazos.

—Es que...

—No seas tan orgullosa, Ana. Ya basta de este tema, ¿quieres?

—En realidad quería hablarte de otra cosa...

—¿De qué?

—Quiero pedirte un favor.

—Ah.

Hermógenes se sintió desconcertado unos segundos. Ana le miraba como un cordero degollado y él enarcó las cejas inquisitivamente.

—Bien, tú dirás —dijo.

Ana cogió el bolso bruscamente y se fue hacia la puerta.

—Venga, no me hagas caso, olvídale. No sé ni por qué lo he pensado.

Hermógenes intentó retenerla y le cogió la mano. En seguida se dio cuenta de que había demostrado una confianza excesiva y se encontró ridículo, pero deshacer el contacto era hacerlo evidente y lo mantuvo. Ana también fue consciente de ello y los dos se sonrojaron con las manos entrelazadas. Finalmente Hermógenes hizo un gesto torpe para invitarla a hablar y retiró la mano.

—¿Qué te preocupa? Dime.

—Me da mucha vergüenza... Venga, olvídate, de verdad.

—Ana, por favor.

Se produjo un silencio. A Ana le costaba hablar y Hermógenes, lector impenitente de Alejandro Dumas, se preparó para escuchar una confesión inaudita: «Soy la princesa Ana, segunda hija del duque de Chantillí... Mis padres, para protegerme, me colocaron en un cesto de mimbre durante la Revolución Francesa y me lanzaron a las aguas del Sena; por lo tanto, Quim es el heredero de la corona de Francia». Entonces Hermógenes, tal era su estado de euforia, habría salido al pasillo, habría desenganchado el caballo y no habría parado de espolearlo hasta Versalles.

Podemos imaginarnos su decepción cuando Ana le pidió:

—¿Puedes ocuparte de la plancha?

Hermógenes desmontó mentalmente del caballo. Al fin y al cabo, reflexionó, ¿qué diantres hacía él camino de Versalles a las nueve de la noche?

—¿La plancha?

—No te importa, ¿verdad?

—No, claro, podéis confiar en mí, princesa de Chantillí.

—¿Qué dices?

—No, nada, estaba pensando en otra cosa.

—Eres un tipo un poco raro, ¿verdad, Hermógenes?

Quim no quiso finalmente jugar con el tren. Hermógenes, que no estaba familiarizado con el trato con criaturas, se contrarió. Se hizo el resentido, incluso hizo pucheros un rato, como si la cosa le afectara muchísimo, lo que hacen los adultos para ganarse a los niños. Pero Quim no le hizo caso; había encontrado un juego más interesante: destrozar el álbum familiar. Cuando Hermógenes se dio cuenta, se olvidó por completo del tren e intentó salvar las fotografías.

—¿Pero qué haces, insensato?

—«Ma, ma» —repetía Quim arrugando con la mano una foto de su madre.

—Dame eso.

Pugnaron por el álbum y, como resultado, las instantáneas acabaron desparramadas por el suelo. Hermógenes se fijó en una especialmente. Reproducía una escena familiar: Quim, apenas un bebé, en brazos de un hombre de barba negra y, al lado, Ana, risueña, los tres sonrientes sentados en el banco de una plaza. A Hermógenes el corazón le dio un vuelco.

—¿Era tu padre?

—Yo. Yo —se señaló Quim.

Hermógenes abrazó al chiquillo con el ímpetu del que se va a la guerra y duda de que vaya a regresar.

—Pobre Quim, pobre Quim —repetía constantemente.



Quim interpretó que aquello era un nuevo juego y él también lo abrazó.

—Hermógenes es un imbécil, ¿verdad?

—Yo, yo —repetía el niño señalando la foto.

Hay momentos en la vida revestidos de gran trascendencia. Sin duda, éste era uno de ellos, y Hermógenes se mostró especialmente conmovido.

—Escucha, Quim, esto es el abecé: puedes confiar en mí. Seré como un tío para ti, como un hermano mayor. ¿Me comprendes? —proclamó zarandeando los brazos del niño.

Quizá no era preciso que sonaran trompetas para celebrar aquel compromiso, pero Hermógenes tampoco se esperaba que la criatura le lanzase una vomitona a la cara como respuesta. Quim devolvió la cena, una longaniza que apenas había masticado, una tortilla y algunos trozos de manzana..., o de pera, tanto da; no merece la pena entrar en detalles.

La arcada había sido tan inesperada, que a Hermógenes apenas le dio tiempo a sujetarle la frente. El crío se asustó en serio: era la primera vez que vomitaba y la cosa no le hizo ni pizca de gracia. Se quedó blanco como la pared y miraba a Hermógenes como buscando una explicación: «¿Se me caerán todas las cosas que tengo aquí dentro?», parecía que preguntaban sus ojos.

Hermógenes lo llevó al lavabo, le quitó la ropa y lo lavó. Quim estaba muy quieto y se dejó poner el pijama sin decir ni pío, no como había visto que hacía con la madre, dando saltos en la cama sin parar. Después, mediante gestos, un poco alicaído, pidió ver una película y se quedó dormido en un santiamén.

Hermógenes estaba intranquilo por el niño y llamó al bar donde trabajaba la madre, pero no consiguió hablar con ella.

—Bar Omega, ¿qué pasa, puñetas? —le increpó la voz de un hombre.

—Hola, perdone, ¿trabaja aquí Ana? —preguntó.

—Sí —respondió la voz, y a continuación, sin más, colgó.

Hermógenes se quedó con la palabra en la boca, pero no se atrevió a llamar otra vez. No quería causarle problemas a la muchacha. La voz había sonado cáustica, una cosa como por ejemplo: «Esa tía está sirviendo una mesa, pero es más lenta que una tortuga mejicana, ¡la madre que la...!»

Mientras lavaba la ropa de Quim, Hermógenes valoró la idea de pedir consejo a sus padres. Al final, aunque su orgullo no era tan susceptible como para impedirle anteponer las cosas verdaderamente importantes, tampoco le apetecía escuchar un sermón ni ponerlos sobre la pista de su verdadera ocupación. No obstante, por Quim, Hermógenes habría hablado con el diablo, y eso es lo que hizo: telefonarle.

Su primo Bartolomé era Mefistófeles en persona. Apenas había acabado la especialidad de pediatría y en la familia ya se afirmaba que en pocos años conseguiría ganar dinero a espuestas. Hermógenes supuso que quizá él sería capaz de curar a un

niño enfermo.

—¡Hombre, Hermógenes, la oveja negra, qué sorpresa! Precisamente el otro día hablábamos de ti en casa.

Hermógenes pasó por alto la alusión.

—Bartolomé, tienes que ayudarme. Se trata de un niño...

—¿No me digas que has dejado preñada a una arqueóloga?

—Es un niño de dos años...

—Vas embalado, chico, te felicito.



—No, no es eso, no se trata de mí, se trata del hijo de una amiga...

—Ya, ya. Lo entiendo. Mira, conmigo puedes hablar claro, aunque te hayas hecho historiador no dejas de ser mi primo.

Hermógenes se frotó los ojos, no le cabía duda de que Bartolomé ganaría un buen fajo de billetes algún día.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta hipotética?

—Seré una tumba, Hermógenes.

—¿Qué pasa cuando un niño de dos años vomita?

—¿Es una pregunta trampa, primo? ¿Una adivinanza?

—No. Bueno, sí, como una especie de concurso... ¿A ti qué te parece, idiota? Te hablo en serio.

Bartolomé guardó silencio y después imprimió en sus palabras un gran énfasis, como si anticipasen un diagnóstico grave.

—¿Que qué pasa cuando un niño vomita, me preguntas?

—Sí.

Otra pausa, después la afectación de nuevo:

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—Que dónde vomita. No es lo mismo hacerlo en el váter que encima de una alfombra, ¿comprendes? Queda todo pegajoso, ya sabes...

Hermógenes se desesperó.

—Quiero tu opinión profesional, cretino.

—Era una broma, Hermo, no te lo tomes en serio. A ver, ¿tiene fiebre ese hijo de la lujuria y el pecado?

—No es un hijo de la lujuria y el pecado.

Bartolomé se estaba divirtiendo.

—Me importa un rábano saber cómo lo has engendrado, Hermo. Tiene fiebre, ¿sí o no?

—Creo que no.

—¿Mocos?

—No me consta. Se ha dormido.

—¿Respira bien?

—Ronca.

—¿Como un camionero de Toledo?

—Vete a freír espárragos, Bart. Dime, ¿qué hago?

—Sobre todo no te cases con ella. Niega que el hijo es tuyo cueste lo que cueste. La familia no podría aguantar otro escándalo, ¿me entiendes?

Hermógenes había sobrepasado desde hacía rato el límite de su paciencia. Desde la primera réplica sabía que estaba haciendo el ridículo, pero quería saber a qué

atenerse respecto a Quim. Por otra parte, la actitud suficiente de Bartolomé para él no era ninguna sorpresa. Su primo siempre hablaba en broma y estaba tan orgulloso de su malicia, que poco le importaba si hería a alguien. Era de aquellos delanteros chupones a quien siempre sobra una finta.

—¿Pero lo despierto o no? —se angustió Hermógenes.

—Sobre todo obsérvale y, si le detectas algún parecido contigo, escapa de ahí inmediatamente.

Quim no tenía fiebre y Hermógenes, en cambio, sudaba como un cerdo. Por lo menos debía de hacer dos años que Ana no había planchado, si es que lo había hecho alguna vez. La ropa se amontonaba ahora ordenada sobre las sillas y Hermógenes había obtenido como recompensa un dolor agudo y persistente a la altura de las ancas. «El nervio ciático», pensó aplicándose un masaje. Seguidamente, se le escapó en voz alta:

—Soy memo.

La frase, ahora se daba cuenta, no le había abandonado del todo desde que Iván se la había dicho. Eso es lo que pensaba Iván y lo que debían de pensar también sus padres y la familia; incluso Adelina debía de pensar que era un memo.

A Hermógenes le dolió, pero también se convenció de que no podía, ni quería, hacer nada al respecto. Este signo de madurez le sorprendió, de la misma manera que un día un adolescente se sorprende al descubrir un pelo solitario en el centro del pecho. Uno lo muestra con la arrogancia de una enseña militar, con el convencimiento de que es la avanzadilla de un ejército. Por desgracia, en personas como Hermógenes esta seguridad es el precedente de grandes batacazos.

Ana regresó alrededor de las cuatro de la madrugada. Hermógenes no se había echado con la intención de vigilar a Quim por si vomitaba de nuevo, y la última hora de espera, para no dormirse, había hecho una limpieza a fondo de la cocina. Mientras frotaba los quemadores, se le ocurrió comparar este trabajo con su actividad en la excavación, tan iguales y tan diferentes a la vez: el de la calle del Mar exhumaba vestigios que contribuirían a iluminar el estudio de una gran civilización, y el de la calle de la Corona ponía al descubierto la desidia de la madre de Quim.

Sumergido en estas reflexiones, extenuado de cansancio y con la cabeza dentro del horno de gas intentando eliminar los restos carbonizados de quién sabe cuántas cenas, no oyó la puerta ni los pasos de Ana, o si los oyó, atribuyó estos ruidos a las carreras que las cucarachas debían de hacer en el interior de las tuberías. En su desvarío llegaba a imaginarse a las cucarachas en una especie de fiesta, borrachas de ginebra y Coca-Cola, con caretas, narices postizas y espanta suegras.

El saludo de Ana, pues, o mejor dicho, su grito de alerta, lo pilló como quien dice en Babia. Al ver la innoble posición de Hermógenes, arrodillado a cuatro patas y con la cabeza dentro del homo, la imaginación de Ana se disparó. ¿En qué dirección? Bastará decir que su mente se alimentaba, sobre todo, de crónicas sanguinarias televisivas para inferir que su primera impresión no descartaba el suicidio ni, Dios nuestro Señor, el infanticidio.

El grito de Ana, que no habría despertado la envidia de una soprano mediocre, tuvo en cambio la virtud de provocar el sobresalto de Hermógenes, con tan mala fortuna que el muchacho se hizo daño al retirar la cabeza.

—¿Pero qué haces, animal? ¿Quieres provocar una catástrofe?

—Es que ya he terminado de planchar —balbuceó Hermógenes, que en su desconcierto había interpretado el exabrupto de Ana como una riña.

Hermógenes producía un efecto cómico echado en el suelo con el trapo en la mano. Si Iván pudiese verle, se reiría de él hasta por los codos. Y también Bartolomé, con la típica sorna de los engreídos: «Tranquilo, Hermo, aunque seas un imbécil, no dejas de ser mi primo».

—Perdona, pensaba que... —se compadeció Ana.

Luego se arrodilló a su lado y le examinó la herida.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó.

Hermógenes, como si le hubiesen despertado con un cubo de agua fría, se dio la vuelta y descargó toda la ira acumulada.

—¿Crees que soy un memo? —exclamó lanzando el trapo sucio a la cara de Ana.

—¿Qué dices?

—¿Dónde estabas? Estaba preocupado.

Ana se estremeció. Sospechó que Hermógenes bebía los vientos por ella. Alguna cosa había notado cuando por la tarde él le había cogido la mano, pero no había querido hacer caso. Así que se trataba de eso. ¡Pobre Hermógenes! ¿No les pasaba eso a todos los adolescentes, que se enamoraban de personas más maduras y sensatas?, pensó entre recelosa y halagada.

—Lo siento mucho, Ana, no quería reaccionar así. Yo... —se disculpó el joven.

—No digas nada, no es necesario —dijo ella emocionada.

—Supongo que me he asustado.

Ana no sabía si acariciar a Hermógenes. ¿Cómo se lo iba a tomar él? ¿Cómo quería que se lo tomara ella?

—A veces las personas... creemos que lo sabemos todo, pero... Es bonito querer a... alguien..., aunque que... que... No tenemos que avergonzarnos nunca por eso, Hermógenes.

A Ana se le humedecieron los ojos.

—No dejes que nadie te arrebate nunca la ingenuidad, ¿comprendes? No lo

permitiré —añadió.

—¿Qué?

—Eres tan bueno, Hermógenes.

—¿Pero qué dices?

Hermógenes había empezado a sospechar que Ana había bebido más de la cuenta. ¿O es que por ventura se le estaba declarando? ¿Se trataba de eso? ¿Se le estaba declarando de verdad? ¿Y a él le gustaba eso? ¿Le gustaba?

Vayamos por partes. Para Hermógenes, Ana era la madre de Quim, y además viuda. Hasta había visto las fotos de su marido con la barba negra, puñeta, pensó. No hacía ni dos horas que se había convertido en el hermano mayor de Quim y ya le estaba echando los tejos a la madre. ¿Su madre adoptiva, entonces? ¿Qué clase de monstruo era? ¿Eso podía ser normal? A las cuatro y media de la madrugada Hermógenes estaba realmente espeso. Y a pesar de todo (él era, efectivamente, una buena persona), sentía la necesidad de hacer alguna cosa. Acarició las mejillas de Ana.

—Yo creo que... nosotros... ¿Me entiendes?

—No hace falta que digas nada, Hermógenes, por favor. Sabemos que eso no es posible, ¿verdad?

—No, no puede ser, tienes razón —dijo el joven, compungido por fuera y liberado de un gran peso por dentro.

—Eh, tenemos que ser fuertes, ¿no?

—Sí.

Se produjo una intensa pausa, durante la cual se miraron de hito en hito y finalmente desviaron la mirada.

—Lo siento —dijo él.

—Yo también —respondió ella—. Mucho.

## 4. Hermógenes se hace «arquerólogo»

Las prospecciones avanzaban muy despacio en la calle del Mar. Iván y Toni estaban permanentemente de guasa, y el profesor Freixas, sumergido en sus estudios, de manera que Hermógenes era el único que cogía el pico y la pala. A veces la imaginación se le disparaba y se veía en un penal picando piedra. «Cinco centímetros alrededor, y no te cargues a Patri», le soltaba un Iván carcelario.

Los huesos de Patri habían quedado completamente al descubierto. El profesor Freixas paralizaba con frecuencia la excavación para sacar fotos del lugar y hacer algún dibujo. Por encima del esqueleto, según se apreciaba en el corte de la prospección, había una línea de guijarros que lo había cubierto del todo, como un tosco pavimento exterior. Hermógenes se preguntó si el entierro lo habrían efectuado los habitantes de aquella casa, o si ignoraban que había un cadáver bajo su portal. No parecía un entierro lujoso; sólo había aparecido una lamparilla entera de cerámica a su lado, como un símbolo que tenía que guiarle en el más allá, había supuesto Hermógenes.

El esqueleto tenía una pequeña muesca en la tibia de la pierna derecha. Algún golpe, quizá, pero no había muerto de eso, estaba seguro de ello. Hermógenes se imaginó a Patri saltando alguna cerca dos mil años atrás y calculando mal la distancia. Podía haber sido cualquier accidente. No tenía ningún otro indicio más para adivinar su historia y ni siquiera sabía si la lamparilla que habían encontrado a su lado le pertenecía. Patri, por lo tanto, continuaría siendo un desconocido, el paradigma de un modelo de entierro que algún estudioso clasificaría, catalogaría y, seguidamente, olvidaría. Y, sin embargo (Hermógenes no se lo podía quitar de la cabeza), este esqueleto un día se había desplazado por la misma ciudad que él, más pequeña, pero en la misma orilla del río Turia, que probablemente fundaron unos mercenarios romanos y que bautizaron con el nombre de Valentia.

A Hermógenes le dio la impresión de que eso había sucedido ayer, pero, en realidad, todo se había acabado para Patri hacía unos dos mil años. A los diecisiete o dieciocho años, veinte como mucho, había fallecido. Su vida había sido como un suspiro. Hermógenes se lo tomó como una advertencia. Por primera vez, fue consciente de la muerte, de que su tiempo no era infinito, y le entró toda la prisa que hasta entonces no había manifestado. Lanzó la picola, salió del agujero y se encaró con el profesor Freixas.

—Oiga —le amenazó—, si se ha creído que sólo he venido a quitar tierra, está muy equivocado. Yo quiero ser arqueólogo.

El profesor Freixas le escrutó como si recuperase la conciencia después de un coma traumático. Hermógenes, de hecho, percibió que era la primera vez que lo veía y aguantó aquella mirada con la resolución de quien se juega un envite de farol.



Intuyó que su discurso había enternecido al sabio y se imaginó un abrazo entre los dos, fraternal, el inicio de una fecunda amistad entre maestro y discípulo. Se le pasó por la cabeza incluso una entrevista futura: «Usted se inició con el profesor Freixas, según tengo entendido, ¿verdad?», le preguntaba una joven reportera en sus fantasías. «¿El profesor Freixas, dice?», se imaginó que respondía con los ojos humedecidos. «Puede decirse que Antonio María Freixas fue como un segundo padre para mí».

Pero el señor Freixas, Antonio María Freixas, no supo estar a la altura de este noble pensamiento y sólo fue capaz de regresar de la época romana para encargarle unas magdalenas.

—¿Qué? —se despertó Hermógenes.

El arqueólogo sacó un billete de la cartera y repitió el encargo:

—Unas magdalenas, o un bizcocho, yo qué sé, lo que te parezca, chaval.

El arqueólogo jorobado le había confundido otra vez con el hijo del panadero. Hermógenes se quedó patitieso, y sólo fue capaz de reaccionar y de llevarle las magdalenas cuando Iván, a su lado, le soltó:

—¿Lo ves como eres un memo?

Mientras, en casa, las posiciones se mantenían más o menos invariables, pero el grado de tensión ahora había disminuido un poco. Tenía buena parte de culpa de ello una conversación nocturna que habían mantenido los padres de Hermógenes en la intimidad de su dormitorio, y que había contribuido a unir al matrimonio igual que ocurre con las víctimas de un naufragio.

—¿Qué he hecho yo para merecer este castigo, Palmira? —había empezado el patriarca abandonando el *Vademécum* que leía cada noche como si fuese la *Biblia*.

Su mujer dejó sobre la colcha un tratado sobre implantes de piel y se quitó las gafas de leer.

—No te atormentes, querido, podría ser peor.

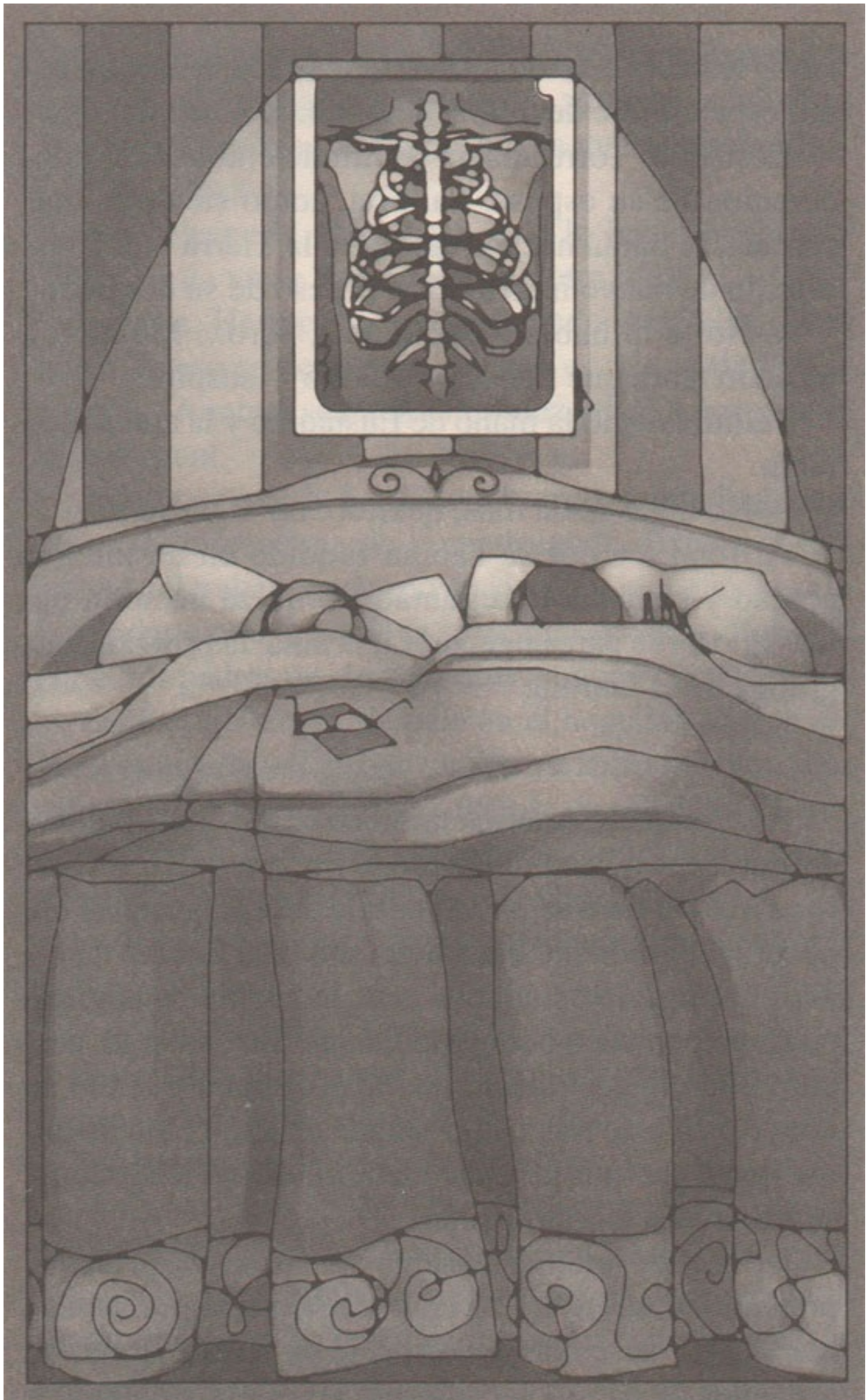
Eustaquio Torres reflexionó unos segundos sobre esto. ¿Había algo peor que declararse historiador? No encontró demasiadas cosas, ciertamente, pero sí algunas: heroinómano, ladrón, recaudador de impuestos...

—Sí, podría ser mucho peor —concedió.

Les hizo bien hablar, a los dos, eso les dio fuerzas para afrontar la publicidad de su caso entre los galenos, que ya les miraban de reojo y entre cuchicheos. Eustaquio Torres, incluso, que también era propenso como su retoño a hacer castillos en el aire, se imaginó caminando con una chapa en la solapa por los pasillos del hospital. «Mi hijo es arqueólogo, ¿y qué?», rezaría el cartel.

—Al fin y al cabo, Palmira, ¿por qué no? Entre los médicos hay muchos prejuicios sobre eso.

—Tampoco es preciso que saques las cosas de quicio —le había cortado ella—. Que le aceptemos tal como es no quiere decir que compartamos sus manías.



Eustaquio Torres había admirado entonces la ponderación de su esposa. Palmira, como siempre, más sensata, le había hecho regresar a la Tierra y él había sentido de nuevo intacto todo el peso de su desgracia.

—No te lo había dicho nunca, pero... Me habría gustado tanto que fuese alergólogo —suspiró.

Palmira cogió la mano de Eustaquio y la apretó con rabia.

—No digas nada más, querido, no digas más.

Al final los dos se habían fundido en un intenso abrazo y se habían preguntado si quizá no sería demasiado tarde para engendrar una niña, la primera alergóloga de la familia.

A su manera, Adelina también había contribuido a enfriar la tensión entre Hermógenes y sus padres. Ciertamente es que primero se había sentido decepcionada al conocer la opinión del muchacho sobre su futuro (tantos años al servicio de aquella casa le habían contagiado un respeto místico por la Medicina). Sin embargo, después pudo más el afecto que le profesaba y le dio su apoyo. «Si este renacuajo quiere ser eso como se llame, tanto da, porque Ade siempre estará a su lado», se había jurado a sí misma.

De hecho, Adelina no sabía demasiado bien en qué pretendía convertirse su Hermo. Al principio supuso que quería ser como una especie de Robin Hood, un salteador de caminos moderno, tal era la idea que se había formado a partir de las opiniones que había escuchado de Eustaquio y Palmira y, además, la palabra, que no había oído nunca, le sonaba más a «arquerólogo», de arquero.

Pero, después, Hermógenes se lo había explicado mejor y ella ya se había formado otra idea.

—Mira, Hermo, no me digas nada más. Si tú dices que todo eso se tiene que estudiar, es que se tiene que estudiar. Aunque sea una estupidez, hijo, Ade te ha de querer igual.

Adelina, pues, le había encubierto cuando llegaba a horas intempestivas de la madrugada. Estaba al corriente del trabajo nocturno de Hermógenes e incluso le había dado una llave de la puerta de servicio. Por otra parte, los padres de Hermógenes paraban pocas noches en casa: si no tenían guardia en el hospital, hacían alguna escapada y llegaban también a las quinientas. Tan sólo una vez habían estado a punto de pillarles. Palmira entró en la habitación del hijo y al no verle se había asustado. Pensaba que se había escapado de casa.

—Ha ido a dormir a casa de un amigo —le cubrió la fiel Adelina.

—¿Sin decirnos nada?

La criada, que se consideraba una más de la familia, se había sentido dolida.

—Bueno, me lo ha dicho a mí.

—Sí, ya, pero... —la dermatóloga dudó.

—Está en casa de Quim —explicó Adelina.

—¿Quim? ¿Quién diablos es Quim? —preguntó la madre de Hermógenes, que creía conocer a todos los compañeros de su hijo.

—Es un nuevo amigo de Hermo.

—Uno de esos arqueólogos, claro. Vete a saber qué vicios le pegarán.

—No, Quim no es arqueólogo. Es muy buen chico señora: ni fuma, ni bebe; sólo toma leche. Me he informado.

Así pues, gracias en parte a los buenos oficios de Adelina, Hermógenes y sus padres disfrutaron de unos días de tregua. Se notaba el esfuerzo que hacían las dos partes para conformarse. Eso contrastaba sobre todo con la nueva actitud del señor Torres, que trataba ahora a su hijo con la diplomacia y la paciencia con que trataría a un enfermo psicótico.

—¿Y cómo van las clases? —dejó caer una mañana mientras desayunaban, uno de los pocos días que coincidieron en la mesa.

Pero Hermógenes, que no estaba acostumbrado a que le dirigiesen la palabra últimamente, no se sintió interpelado. El padre interpretó el silencio de su hijo como un desdén orgulloso. No obstante, estaba resuelto a restablecer la confianza perdida y se tragó la rabia. Acto seguido, añadió con una amabilidad empalagosa:

—¿Te preparo una tostada, hijo? ¿Quieres mermelada de frambuesa? —como si de pronto el médico se hubiese convertido en un aristócrata petimetre de aquellos que sudan colonia.

Hermógenes no salía de su asombro ante tanto jabón. ¿Dónde estaba el truco de este repentino cambio? Aceptó la tostada pensando que aquello no le comprometía a nada.

—Gracias —dijo, y se creyó obligado a añadir una sonrisa.

Pero su padre insistió y le miró expectante:

—Y bien, ¿qué me dices?

¿Qué caramba quería que le dijera? ¿Es que estaba buscando otra bronca? Hermógenes sintió todo el peso de la mirada paterna y mordisqueó cautamente la tostada. ¿Sería capaz de envenenarle su propio padre?

—Bien... —dijo para ganar tiempo.

—Dime, dime, con franqueza.

—Yo... Diría que...

—¿Sí?

—Está muy buena, ya lo creo...

Eustaquio Torres quedó perplejo. ¿Su hijo estaba en sus cabales? No sabía si debía consentirle este lenguaje de perdulario marsellés.

—Hermógenes, querido, ¿quién está buena? —preguntó cauteloso.

—¿Quién, papá?

—No te precipites en contestar, tómate tu tiempo.

Hermógenes se tomó unos segundos antes de decir nada. ¿Por qué su padre adoptaba ahora aquel tono clínico? ¿Pensaba internarlo hasta que se decidiese a estudiar medicina?

—La... la frambuesa, papá —murmuró desconcertado.

—¿La... frambuesa?

—Bueno, la tostada. La conjunción de las dos cosas —quiso precisar, angustiado. Eustaquio Torres al fin cayó en la cuenta.

—Oh, no, yo me refería a las clases.

—¿Las clases? ¿Qué clases?

—¿Tú no tenías alumnos de repaso?

—¿Yo?

—De inglés.

Hermógenes recordó de pronto su excusa y mencionó el primer nombre que le vino a la cabeza.

—Ah, sí, ya..., Quim, sí...

Al escuchar el nombre que había mencionado Adelina, Palmira aguzó el oído.

—¿Quim?

Pero su marido, contento de haber restablecido la confianza del hijo, la cortó:

—Y qué, ¿cómo va eso? ¿Tu alumno ya chapurrea inglés?

—Bueno... —Hermógenes dio otro mordisco a la tostada para ganar tiempo—. De hecho le cuesta un poco, sobre todo la pronunciación, no se le acaba de entender todo lo que dice.

—Ya, el acento siempre es lo más difícil.

—Pero aprende rápido, es un hombre muy listo.

—¿Un hombre? —se extrañó la madre.

—Sí, es un ejecutivo de la Ford —improvisó Hermógenes—. Tiene que hacer un viaje a Estados Unidos y necesita refrescar el idioma.

A Palmira no le salían las cuentas.

—¿Y tanto miedo tiene que has de quedarte a dormir con él? ¿No es lo bastante mayorcito ya, un ejecutivo de la Ford, para dormir solo? —dijo susceptible.

Hermógenes abrió unos ojos como platos, la cabeza le iba a mil por hora. ¿De qué hablaba su madre? ¿Se había vuelto loca de repente? ¿Se habían puesto de acuerdo los dos para enredarle e internarle en un manicomio?

—Bien, en realidad... Eh... ¿De dónde has sacado eso, mamá? —preguntó disimulando la ansiedad.

Palmira señaló la cocina y Hermógenes se imaginó que saldrían de allí dos enfermeros con una camisa de fuerza: «Llévense a mi hijo, no dice más que mentiras

y además se ha hecho arqueólogo».

—Me lo ha dicho Adelina, que te has hecho amigo de un tal Quim. Por eso el otro día no viniste a dormir, ¿no?

—A... A... Adelina. A... A... Ahora lo entiendo. Bueno, ya sabéis cómo es Adelina, lo confunde todo.

Los padres conocían de sobras a Adelina y se tragaron la excusa sin decir ni pío.

—En realidad Quim es un diminutivo de Joaquín. El padre es el ejecutivo de la Ford y el hijo, mi amigo —explicó como pudo Hermógenes.

—¿Y también le llaman Quim al padre?

—A veces. No siempre, claro. En momentos... puntuales.

El señor Eustaquio estaba contrariado. En general deploraba los diminutivos (bastante guerra tenía con Adelina para que no llamase Hermo a su hijo), pero lo que ya era intolerable era que padre e hijo hicieran uso del mismo sobrenombre. Aun así lo atribuyó a una moda extravagante y no le dio demasiadas vueltas. Para él, todo lo que no provenía de la clase médica, como por ejemplo jugar al golf, constituía una moda deplorable.

—Bien, confío en que no tengamos que lamentar estas nuevas amistades —dijo picado.

Palmira se sentía culpable de haber introducido otro tema de polémica e intervino con la intención de enfriar los ánimos.

—Bueno, parece que Quim es un buen muchacho. No fuma ni bebe, sólo toma leche, ¿verdad Hermógenes? —le guiñó un ojo.

Hermógenes, que no salía de su asombro al ver el lío que había montado Adelina, puso cara de póquer.

—Sí —suspiró—, de hecho, es como una especie de... niño de pañales.

## 5. El huesecillo de Patri

Quim ni bebía ni fumaba, cierto, pero en cambio tenía la capacidad de hacer más daño que veinte *hooligans* borrachos. Cuando entraba en casa de Ana, Hermógenes encontraba, invariablemente, el escenario de una tragedia natural. Y sin pretenderlo, le venían a la mente los efectos de un tornado de cuyas consecuencias él era el único damnificado. Encima, Ana se había acostumbrado a considerarlo como su criada y le dejaba notitas pegadas por todas partes: «Sé bueno, Hermógenes, y prepara la olla para mañana». «Ayer te olvidaste de planchar, ay, ay, ay... ¿En qué pensabas, rey?» O bien: «Revisa mejor los pantalones azules de Quim, te ha vuelto a salir la manchita».

Diablos, ¿qué sabía ella de manchitas si era más sucia que el cieno? A Hermógenes le entraban ganas de dejarle una notita también, todo un memorial de agravios, pero después, cuando pensaba en lo que habría tenido que pasar la pobre viuda para criar a Quim..., se imaginaba a sí mismo como un paladín medieval y se enfrentaba a la grasa de la cocina con la misma determinación que si fuese un dragón.

Con esta convicción, pues, como si se tratase de una bestia apestosa, y nunca mejor dicho, Hermógenes empezó a arreglar la habitación de Ana. La noche anterior ella se había presentado con un galán de tres al cuarto y habían dejado el dormitorio patas arriba. Por el aspecto del lugar, estaba claro que no se habían entretenido jugando a la oca.

A Hermógenes no le había parecido bien que Ana llevase a su ligue a casa. Por una parte, se alegraba de que la muchacha intentase olvidarse de él, pero, por otra parte, sin querer darse cuenta, había empezado a sentir celos y lo disimulaba con la excusa de Quim. «¿Y si se hubiese despertado? ¿Y si hubiese entrado en la habitación y... y te hubiese visto no sé cómo?» Hermógenes prefería no imaginarse en qué postura podía haber encontrado Quim a su madre. «¿Sabes que podrías haberle creado un trauma para toda la vida?», le había soltado en el cambio de turno. Pero Ana, después de una noche de insomnio, no estaba para historias.

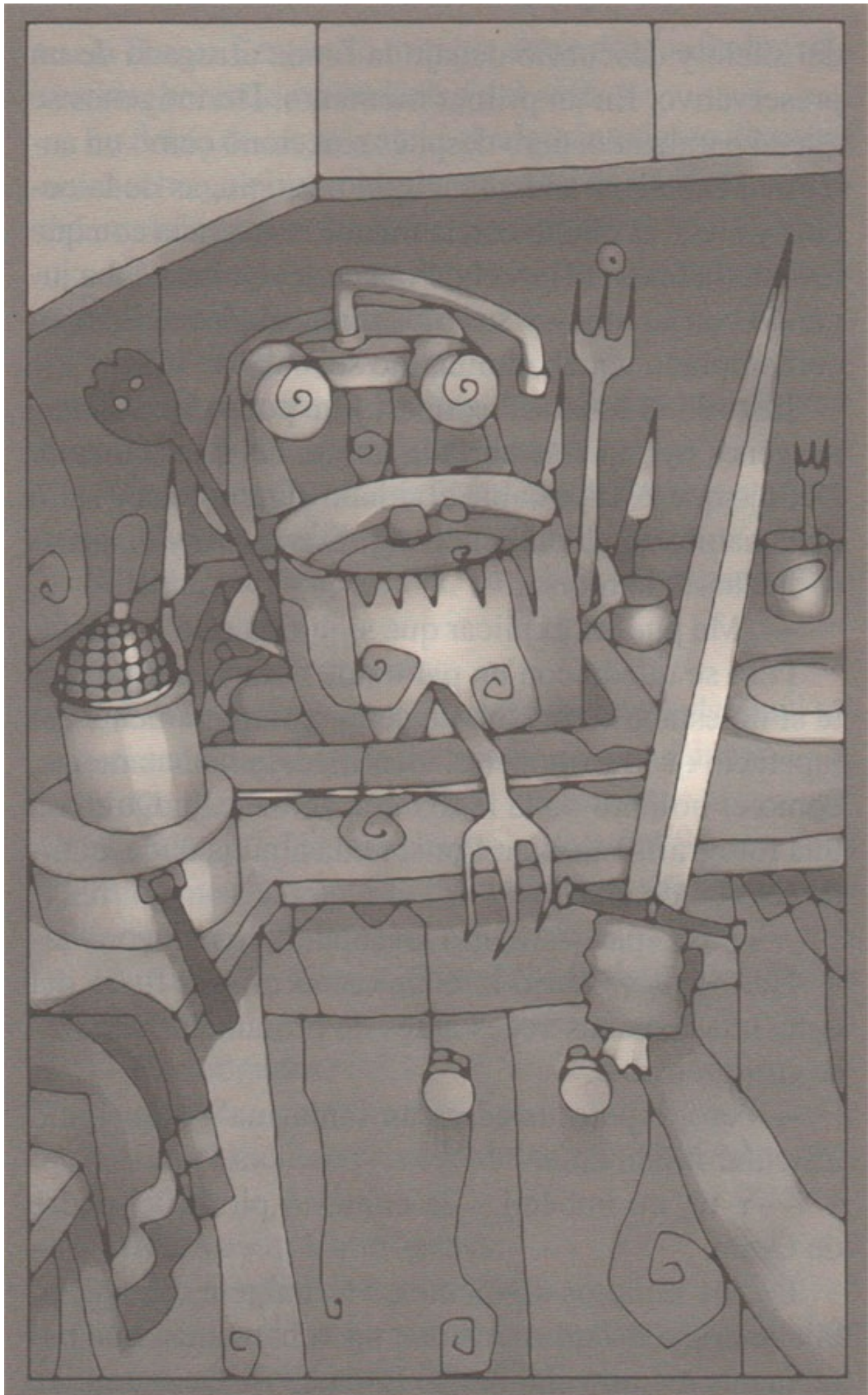
—Hermógenes, querido, tráeme dos aspirinas, y cállate ya, ¿quieres?, que tengo la cabeza como un bombo.

El joven había callado y ahora, como un servidor fiel, se dispuso a limpiar la habitación.

Que fuese un fiel paladín no significaba que fuese memo (este adjetivo le martilleaba). Y eso es lo primero que le vino a la cabeza cuando levantó la colcha del suelo y descubrió debajo la funda arrugada de un preservativo. En un primer momento, Hermógenes se quedó paralizado, pero después reaccionó como un auténtico caballero andante: cogió unas pinzas de la cocina y elevó el objeto con la misma reverencia con que levantaría una rata infecta. Por suerte, Quim estaba

jugando con su «ten» y sus ojos inmaculados no habían contemplado aquel adminículo sexual.





Justo entre estas reflexiones, y un poco picado, Hermógenes oyó que se abría la puerta del apartamento. Dedujo que Ana se había olvidado alguna cosa y salió de la habitación blandiendo el preservativo y dispuesto a echarle la bronca.

—¿Me puedes explicar qué significa esto? —gritó.

Pero se quedó con un palmo de narices porque ante sí no estaba Ana, sino un señor completamente estupefacto que Hermógenes identificó, inmediatamente, como el hombre de la barba que abrazaba a Quim en una fotografía familiar. Por si tenía alguna duda, el niño le sacó de ella.

—«Pa», «pa» —repitió levantando los brazos.

Hermógenes abrió la boca como un pez fuera del agua unas cuantas veces antes de pronunciar una frase comprensible:

—Pero..., pero usted es un fantasma —consiguió articular finalmente.

—Y tú, un imbécil —le contestó picado el padre de Quim.

En los minutos siguientes, Hermógenes desplegó una telaraña exculpatoria con tal vehemencia que parecía una mentira elaborada. El padre de Quim, que se hacía llamar Sergio, lo miraba, entre desconfiado y divertido, sentado en un brazo del sofá.

Le debía de hacer gracia el ademán trágico de aquel muchacho que improvisaba tal sarta de excusas con su delantal de cocina lleno de florecitas.

—De manera que soy un canguro —concluyó nervioso Hermógenes.

—¿Un canguro?

«Un memo, mejor dicho», estuvo a punto de confesar Hermógenes, aunque se contuvo.

—Cuido de Quim mientras Ana trabaja —explicó.

—¿Cuidas de él?

—Bien, me ocupo de él, ya sabes: las cacas y todo eso.

Sergio le miró suspicaz.

—No sé si me gusta que un tío que lleva delantal toque el culo de mi hijo, ¿sabes a qué me refiero?

—Oh, llevo el delantal por las manchas.

—¿Sólo por las manchas? —preguntó Sergio, pero Hermógenes no captó la insinuación y se mantuvo en silencio.

—¿Cómo te llamas, chaval? —insistió el padre de Quim.

—Hermógenes.

—¿Qué?

—Era el médico privado del emperador Adriano.

—¿Tú?

—No, yo no, Hermógenes.

Sergio le miró de arriba abajo.

—Eres un tío muy raro: llevas delantal y encima te llamas... ¿Cómo has dicho?

—Hermógenes.

—Hermógenes, eso es. Y dime —añadió malicioso y señalándole la mano—, ¿qué piensas hacer con eso?

Hermógenes se fijó en el preservativo que sostenía aún con las pinzas.

—Oh, esto no es mío —se disculpó, e intentó dar al pronombre una especie de sorpresa mayúscula.

«Esto, esta cosa, mira por dónde, ¿cómo diablos habrá ido a parar a mi mano?» Pero si Sergio había captado el mensaje subliminal, su mirada fija no lo delató. Después de una pausa tan mínima como incómoda, Hermógenes dijo:

—Eh... Será mejor que lo tire a la basura, ¿verdad?

—Sí, será mejor.

Al regresar de la cocina, Hermógenes vio que Quim se partía de risa en brazos de su padre, mientras éste le hacía pedorretas en la barriga.

—«Mo, pa, mo» —exigía, o sea: «más, papá, más».

Cuando descubrió a Hermógenes plantado delante de él, Sergio revolvió incómodo el pelo de su hijo y lo dejó sobre la alfombra, al lado del tren.

—¿A qué hora vendrá Ana? ¿Lo sabes, chaval? —preguntó.

—En teoría a las dos de la madrugada, pero siempre se retrasa un poco, a las tres o las cuatro, normalmente.

—¿Por qué no me extraña eso? —dijo resabiado Sergio.

A continuación se produjo un silencio y Hermógenes fue consciente de lo ridícula que era su situación.

—Pensaba que estabas muerto —se creyó en la obligación de explicar.

—¿Eso es lo que te ha contado?

La pregunta quedó en el aire. Hermógenes estaba aún demasiado sorprendido para sentirse indignado con Ana.

Por el comportamiento de Quim estaba claro que Sergio era su padre, pero Hermógenes no acababa de saber qué relación mantenía éste con la mujer. O bien trabajaba pescando focas en la Antártida o bien es que atravesaban una crisis de pareja. Bueno, eso era evidente: en las dos semanas que llevaba en aquella casa no le había visto nunca. En cualquier caso, había abierto con su llave y él, pensó Hermógenes, no era quién para meterse en camisas de once varas. Su autoridad residía sólo en el hecho de que vigilaba a Quim. Por otra parte, eso era lo único que le movía a tragarse la vergüenza; si no, ya haría rato que habría escapado de aquella casa.

Quim interrumpió sus reflexiones para pedir un «bu, bu». En realidad, Quim no pedía las cosas, las exigía. «Bu, bu» significaba: «¡O me preparas un biberón antes de quince segundos o empezaré a berrear y vendrán los bomberos!» No tenía espera, bien que lo sabía. Por eso se lo cargó en brazos y se lo llevó a la cocina.

Cuando el niño se hubo dormido, tras los primeros sorbos, y después de acostarle, Hermógenes volvió a la salita-comedor y encontró a Sergio revolviendo los cajones.

—¿Puedo ayudarte? —se le escapó.

—Bueno, no sé —sonrió el aludido mientras cerraba el cajón de la cómoda—. ¿Tienes pasta?

—¿Pasta?

Sergio se encogió de hombros.

—Sólo dos o tres mil pelas. He cenado aquí abajo y he olvidado la cartera en casa.

Instintivamente, Hermógenes se puso la mano en el bolsillo, como si temiera que alguien le hubiese birlado el dinero.

—Temo que cierren, eso es todo —le tranquilizó Sergio—. Después te lo devolveré, cuando llegue Ana.

—Es que no tengo cambio.

—Vamos, chaval, que yo soy de fiar. A ver, ¿cuánto tienes?

Hermógenes sacó un billete de cinco mil pesetas y Sergio bromeó.

—Huy, con esto puedo ir a las Bahamas en avión y pasar allí un par de semanas.

—Sólo tengo esto para pasar el mes.

A Sergio le cambió la cara.

—¿Aún no te ha pagado, la muy vaga?

—Esta semana no, está muy ocupada con Quim —la disculpó Hermógenes, sin dudar ni un segundo de a qué vaga se refería el otro.

—La madre que la... Es que no escarmienta. Cualquiera día... —se indignó Sergio.

A continuación suspiró y añadió:

—Porque ha dado contigo, que si no... Bueno, tanto da. ¿Cuánto te paga?

—Diez mil.

—¿Diez mil? —exclamó—. ¿Cómo se lo permite?

—Bueno, a mí no me sale ni a 400 pesetas la hora —se enfadó Hermógenes—. Son diez mil a la semana.

Sergio no hizo nada para contener sus risotadas.

—¿Semanales? ¿Tú qué eres, una especie de voluntario social? —dijo, pero captó un gesto susceptible en el otro y se disculpó—. Mira, vamos a hacer una cosa: yo te doy a ti el dinero de la manutención de Quim y tú te las apañas con ella. ¿De acuerdo?

Hermógenes no contestó y Sergio bajó la voz, como si le hiciera partícipe de una dolorosa confesión:

—Ana y yo estamos divorciados, ya lo debes suponer.

—Lo siento.

—¡Bah, tanto da! Eso ya no tiene remedio —dijo apesadumbrado el padre de Quim, y después forzó un cambio de tono, como si quisiera ignorar una herida que aún le dolía—: ¿No te importa que te firme un cheque, verdad?

—¿Un cheque?

—No llevo dinero, ya lo sabes.

—Oh, no, ningún problema.

—Es que no puedo esperar más —se justificó Sergio.

—¡Desde luego! Por mí...

Sergio extendió un cheque con la fecha del día siguiente y se lo entregó a Hermógenes. Se quedó quieto un instante, haciéndose el remolón, hablando de tonterías, como si le costase marcharse, pero al ver que el otro no le seguía la corriente, al fin se dirigió hacia la puerta. Se detuvo en el umbral e hizo como si hubiese recordado una cosa importante.

—Ah, no se lo tengas demasiado en cuenta a Ana, ¿eh? Es un poco cabeza de chorlito, pero buena chica, ya lo verás.

—Claro.

Se estrecharon las manos y Sergio bajó corriendo. Desde el hueco de la escalera, a Hermógenes todavía le llegó su frase de despedida.

—Ah, y gracias por el dinero, Arquímedes —le gritó.

Hermógenes cerró la puerta y después fue a ver a Quim. Hacía calor y el niño se había liberado de las sábanas. Se sentó en el borde de la cama y le observó; dormía en posición fetal, ligeramente inclinado, como Patri, el esqueleto de la calle del Mar. En el puño cerrado de la mano derecha le descubrió una bolita. Hermógenes se la quitó y se la metió en el bolsillo del pantalón, junto a una taba que había encontrado en el yacimiento aquella mañana y que había guardado a escondidas. No era fácil que el chiquillo se tragase la bolita, pero no quería correr ningún riesgo. Aun así, como un reflejo, le vino a la mente lo que se debía hacer en estos casos: ponerlo boca abajo sobre las rodillas y darle una palmada entre los omoplatos, recordó. Se lo había oído mil veces a su canguro cuando preparaba el examen de primeros auxilios. ¿Sería capaz de hacerlo él si llegaba el momento? Cualquiera miembro de su familia lo haría con los ojos cerrados, pensó, y seguidamente le vino a la cabeza su primo Bartolomé: «Hermógenes, aunque seas una mierdecilla, nosotros te queremos».

Se puso en pie, más por la inquietud que por el deseo de levantarse, y cubrió a Quim con la sábana, sólo las piernas. Eran las doce y el niño parecía dormir plácidamente. Hermógenes acercó su rostro a la cara del niño para comprobar que respiraba y notó un hilillo de aire cálido. Se tranquilizó y le dio un beso en la mejilla, el beso que no le había dado su padre.

¿Cuántos besos le habían dado a él sus padres? No muchos, pensó. Nunca se dan suficientes besos, porque nunca se sabe si pueden ser los últimos.

Sus padres estaban tan preocupados por su porvenir que no se daban cuenta de su presencia. Se imaginaban una felicidad futura llena de honores académicos, amaban una proyección de su hijo y, en cambio, lo conocían muy poco. Hermógenes pensó en eso, pero en seguida le dio rabia porque no quería sentir pena de sí mismo. Al fin y al cabo, él tampoco era demasiado propenso al besuqueo. En casa, sólo Adelina era propensa a ello. Lo cogía por la mañana temprano, aún con légañas en los ojos, y lo estrujaba bien estrujado. «Ay, ven aquí, renacuajo, que estás más tierno que un lechón», le decía a veces, y le apretaba las mejillas como si cogiera un pez por las agallas. También había sido ella quien le había enseñado a sacar las uñas, el abecé: «Tú primero pega, después pregunta qué quiere», pero él no había sacado demasiado provecho de estas lecciones.

Según los aforismos de Adelina, ¿qué demonios tenía que hacerle a Ana cuando ésta abriese la puerta? ¿Rociarle la cara con ácido?

Memo, memo, memo. La palabreja le obsesionaba.

Y sin embargo, se le ocurrían mil excusas para perdonar a Ana. Sobre todo una que era definitiva: quería perdonarla. Un paladín no cuestiona a su dama: la sirve y basta.

Adelina, la buena de Adelina tal vez estaba equivocada. Quizá no se tiene que pegar primero y preguntar después; hay mil razones que no conocemos para que la gente actúe tan irracionalmente como lo hace, y sobre todo la más importante: que tienen miedo, miedo de querer y miedo a no ser queridos.

«Incluso un idiota despreciable como Toni tiene miedo de querer», pensó Hermógenes. Por una extraña asociación de ideas, su nombre le había venido a la cabeza. Él e Iván le habían estado torturando en el yacimiento desde hacía un par de semanas. Pero lo que más le había dolido era que profanasen el esqueleto de Patri: le habían puesto una gorra sobre el cráneo, colillas encajadas en la mandíbula e, incluso, una pistola de juguete en la mano, un montón de cosas que cada día él se había encargado de quitar, lo que, inevitablemente, había provocado cierta tensión entre ellos.

—Oye, tú, que no es tu novia, déjala en paz —le había soltado Toni.

—¿Por qué lo haces? Tú no eres así —le había replicado Hermógenes.

Y así quería decir: «No eres un fanfarrón como Iván, ni un miserable».

Toni había buscado ansioso los ojos de Iván, y con una mirada de complicidad había tenido suficiente para entender que por suerte sí que era tan fanfarrón y miserable como su colega. ¡Faltaría más! Esta constatación debía de haberlo tranquilizado, porque se había echado a reír con la mirada salvaje de una variedad poco evolucionada de primate. En cualquier caso, Hermógenes sabía que había sembrado la semilla de la duda en el escaso cerebro de Toni, y eso, quería imaginar, tarde o temprano provocaría un cortocircuito en sus pocas y esmirriadas neuronas.

Ésa era su manera de pegar primero y preguntar después. Al fin y al cabo, quizá sí que había sacado provecho del abecé de Adelina.

Toni e Iván habían tratado de hacerle la vida imposible, pero él había sabido hacerse respetar; se había ganado sobre todo una fama de rarito que hacía que los otros lo evitasen y que él se había encargado de alimentar. Con frecuencia, se sentaba al lado de Patri y se quedaba mucho rato en silencio, mirando cada centímetro de aquella calavera, hasta que la mirada se le desenfocaba y acababa por ver más allá de los huesos, como cuando a fuerza de repetir una palabra ésta pierde todo su sentido. Hermógenes intentaba proyectar aquel esqueleto en su imaginación, inventarle un rostro, pero sólo conseguía verse a sí mismo.

Aquella mañana se lo había imaginado saltando una cerca y había visto cómo se golpeaba la espinilla contra un muro de piedra. Había visto una pierna con la piel arañada y los músculos desgarrados hasta la tibia. Patri no había muerto a causa de aquel golpe, igual que él tampoco moriría aún; sus heridas, como en el muchacho romano, sólo le habían dejado una pequeña muesca. Pero ¿dónde estaba aquella que finalmente le haría yacer de costado con las manos entrelazadas?

No lo sabía, no podía saberlo, a pesar de que, contemplando a Patri, Hermógenes reconocía que la causa podía estar detrás de cada esquina.

Cuando enfocó de nuevo la vista, tenía los ojos fijos en las manos de Patri, en aquellas falanges tan perfectas que ya no podían acariciar a nadie. Gracias a esto vio algo que, por estar demasiado al descubierto, les había pasado desapercibido a todos. Había un objeto diminuto entre las articulaciones de los dedos fosilizados de Patri. Parecía un hueso, pero Hermógenes conocía demasiado bien los huesos de la mano como para confundir aquello con una falange.

Hermógenes nunca habría conseguido permiso para efectuar la tarea de extracción; su trabajo en el yacimiento se reducía a cavar alrededor, no más de cinco centímetros, y a hacer avanzar la prospección hasta alcanzar el nivel del suelo más bajo. Sin embargo, fuera lo que fuese aquella cosa, había sido lo suficientemente importante como para acompañar a Patri en su último viaje, y no quería que Toni e Iván se pitorreasen de nuevo.

Se había hecho el firme propósito de hablar con el profesor Freixas de esto, pero, aunque había dejado de encargarle ensaimadas, Antonio María Freixas consideraba tan molestas sus preguntas como una bandada de mosquitos hambrientos en una noche de insomnio. Ese avaro sólo tenía tiempo para investigar sus hipótesis sobre el origen ibérico de la ciudad, y por Dios que estaba a punto de confirmar su absurda teoría.

Hermógenes no sentía, pues, ningún escrúpulo por coger aquel objeto que apretaba Patri; sólo esperaba el momento más oportuno, lo cual no era fácil con la incómoda presencia de Iván y Toni. Además, sabía dónde dejar después el

descubrimiento para que quedase consignado. Últimamente, le habían permitido acceder al lugar donde se lavaba la cerámica y conocía los cajones en los que se clasificaban los descubrimientos. Allí precisamente se había cocido la cruel broma que Iván y Toni preparaban al profesor Freixas, aunque Hermógenes, acostumbrado como estaba a encajar sus ocurrencias, no se enteró hasta que fue demasiado tarde.

Toni e Iván habían dejado de hacerle la puñeta no por su fama de excéntrico ni por un propósito altruista, sino porque habían encontrado otra víctima con la que ensañarse. La tarde anterior habían introducido cierto material en una bolsa de plástico entre risitas y murmullos conspiradores. No habían revelado sus propósitos, pero tampoco evitaban exhibirse, como si celebrasen de antemano una victoria cantada. A Hermógenes no le cabía duda de que le preparaban una gorda y se mantenía alerta a cualquier signo.

Así, a la mañana siguiente, Toni e Iván le habían puesto a cribar el material y ellos se habían encargado de profundizar el agujero. Hermógenes sospechó que no querían darle el gusto de ser él quien llegase al final. No sería la primera vez que su maldad se expresaba con estas manifestaciones pueriles. Ésta era la última prospección que llevarían a cabo en el recinto, ya que habían superado el plazo de excavación con creces y el padrino de Hermógenes había enviado a los obreros con un *bulldozer* que esperaba, como quien dice, con el motor en marcha.

A Hermógenes no le habían sorprendido estas maquinaciones. Unos días antes, mientras comían, Eduardo había proclamado airado en su casa:

—Voy a coger una excavadora y arrasarlo todo, ¡por la madre que me parió! ¡¡¡Todo!!! —había exclamado exactamente, arrastrando la mano abierta por encima del mantel en una pasada rasante que catapultó su vaso de vino hasta el extremo contrario.

Por la forma en que tembló la mesa, a Hermógenes se le había ocurrido que su padrino no desentonaría como lugarteniente de Atila. Se lo imaginaba entrando de la misma forma en la sala de operaciones del hospital («a ver, ¿dónde está el zoquete al que hay que implantar un *by-pass*?»), abriendo la caja torácica del paciente con sus propias manos como si fuese un melón y haciendo la conexión de las venas con un nudo marinero. Incluso sus padres habían encontrado excesiva esta demostración de estrategia militar.

—¿No crees que exageras un poco, Eduardo?

—Aquello es un nido de drogadictos, Eustaquio, lo he visto con mis propios ojos. Hombres y mujeres en pelotas todo el día.

—Eduardo, por favor, que hay menores delante —le había reprochado Palmira, que habría preferido un lenguaje más científico, del estilo: «hombres y mujeres con el escroto y la vulva visibles».

Hermógenes se había encogido con la esperanza de lograr la clandestinidad de un



microbio, pero el tío Eduardo la había tomado con él.

—Vosotros tenéis el síndrome de Estocolmo por culpa de este mocoso, eso es lo que pasa. ¿Ves lo que ocurre, tontaina, con la gentuza de esa clase? ¿De verdad te gustaría tener tratos con ellos?

Hermógenes había pensado en Iván, Toni y Antonio María Freixas, y consideró que no mentía si contestaba que no quería tener ningún trato con ellos. Eso había apaciguado un poco los ánimos de su padrino, que concentró desde aquel momento todos sus esfuerzos en trinchar el pavo. En cambio, a Hermógenes, que sentía en su propia piel el impacto de cada corte, se le quitó el apetito.

Así pues, en el yacimiento, la prospección del último agujero había llegado muy cerca del estrato en el que aparecían las arenas y gravas estériles. En el último medio metro no había encontrado nada y, en el anterior, cerámica del siglo I antes de Cristo, más o menos lo que aparecía en todos los yacimientos arqueológicos de Valencia y que confirmaba la fundación romana de la ciudad. En resumen, sólo quedaba recoger el material y regresar a casa.

Hermógenes había aprovechado que Iván y Toni trabajaban en el nivel más bajo de aquel agujero y que el profesor Freixas repasaba distraído unos papeles para examinar una vez más el esqueleto de Patri. «Éste es el momento, después será tarde», había pensado. Con la ayuda de un pincel había extraído la tierra incrustada en las manos y había conseguido separar lo suficiente los dedos de Patri para que se desprendiera el pequeño tesoro que durante veinte siglos había guardado el adolescente romano.

Hermógenes lo había cogido con reverencia. Durante unos segundos no tuvo conciencia de otra cosa que de aquel peso insignificante en la palma de su mano, como una caricia. Se trataba de un huesecillo de cordero, una taba como las que le regalaba Adelina con frecuencia cuando era pequeño. Había sido ella quien le había enseñado a jugar a las tabas (el rey, el verdugo, barriga llena y barriga vacía), y a no tener piedad. Adelina era especialmente dura cuando poseía al mismo tiempo el rey y el verdugo; se hartaba de azotarle con el cinturón, pero también le instigaba a pegar fuerte cuando él era el amo: «Esto es el abecé, Hermo, arrea tú el golpe antes de que te lo arreen a ti». Estas lecciones magistrales solían terminar en llantos. «Tú siempre haces daño, Ade», se quejaba Hermógenes. Y la criada, convencida de que la práctica es el mejor ejemplo, le soltaba el fruto de su didáctica: «¿Ves como no puedes fiarte ni de tu madre, trasto? Venga, pon la mano, que a mí me duele más que a ti».

Había mucho amor en aquellas enseñanzas de Adelina, pero, sea como fuere, Hermógenes no las había seguido y procuraba pegar flojito cuando él era el verdugo; quizás aquello lo convertía en un memo a los ojos de todos, pero a los suyos propios, en cambio, le hacía sentir mejor.

También había mucho amor en la ofrenda de Patri. Alguien había querido que

conservase aquel huesecillo para toda la eternidad. Alguien, durante el entierro, recordó que aquél era el juego preferido de Patri, o que estaba jugando con él cuando la muerte le sobrevino, o que le habría gustado jugar y no le dejaron.

Había ciertamente mucho amor en aquel acto, o un gran sentimiento de culpa, vete a saber.

Fue la percepción de compartir el mismo juego lo que conmovió a Hermógenes y que esto, por encima de los siglos, le unía con aquel esqueleto de color marfil. Lo sintió como un amigo, un hermano, un miembro de su misma tribu. Y lo sintió así, sobre todo, porque se veía muy distante de los que, cronológicamente, le eran más cercanos.

Como si fuesen los destinatarios de esta alusión, Toni e Iván habían prorrumpido en gritos en ese momento. Hermógenes había experimentado la decepción de haber sido pillado. Había cerrado el puño en un acto reflejo y había escondido la taba en el bolsillo de sus pantalones.

De pronto, se había dado cuenta de que, por suerte, los gritos no le increpaban a él y que su tono era eufórico, de una alegría manifiesta.

—¡Señor Freixas! ¡¡¡Señor Freixas!!! —había exclamado Iván.

—¡Corra, por el amor de Dios, lo hemos encontrado! ¡¡¡Lo hemos encontrado!!! —había insistido Toni.

Por la manera de gritar, se diría que Iván y Toni habían encontrado alguna cosa verdaderamente importante. Así lo había interpretado el profesor, que había soltado los papeles y había botado de la silla como catapultado por un resorte. Él y Hermógenes habían llegado al borde del agujero casi al unísono. Perceptiblemente nervioso, el profesor Freixas había preguntado lo que más le angustiaba:

—¿Es material ibérico?

La respuesta había tardado en llegar unos segundos, durante los cuales Hermógenes reparó en que todo el cuerpo del profesor temblaba como si estuviera preso de Ja fiebre.

—Un ajuar completo —había explicado Iván, satisfecho—: cazuelas, ollas, fíbulas, una azada, collares, una espada..., de todo.

—Y hacía más de medio metro que no aparecía nada —había añadido entusiasmado Toni.

Más que bajar, el profesor Freixas se había dejado caer literalmente dentro del agujero. Podía haberse roto una pierna con la caída o torcerse la rodilla del revés y tan sólo habría tenido ojos para examinar aquel material exhumado.

—¡Ay, la madre que me parió!... ¡La madre que me parió! —no cesaba de gimotear, intercalando aquí y allá unos gruñidos agudos como los berridos de un bebé.

—¿Eso corrobora sus teorías, verdad profesor? Valencia es una fundación ibérica

—le había animado Toni.

Sin perder la euforia, el arqueólogo quería ser cauto. Había esperado aquel momento demasiados años como para precipitarse ahora.

—No nos pongamos nerviosos, muchachos. Este descubrimiento puede deberse a una alteración del terreno —había balbuceado.

—Pero la estratigrafía es rotunda, señor —le había contradicho Iván.

Antonio María Freixas había contemplado las capas rectilíneas que demostraban la estabilidad en la superposición de los estratos y, en un arrebató extático, se había abrazado al muro con los brazos abiertos y besando el suelo.

—¡Ay, la madre que me parió! ¡La madre que me parió! —repetía sin poder contener las lágrimas.

Desde arriba, Hermógenes había reconocido en seguida el material ibérico que Iván y Toni habían escamoteado de las vitrinas de limpieza el día anterior y quiso advertir al profesor de la broma con un balbuceo temeroso, pero Toni le había amenazado pasándose el dedo índice por el cuello.

En aquel preciso momento, la excavadora alquilada por su padrino que aguardaba en la calle había reventado los goznes de la puerta y había irrumpido en el yacimiento.

Precisamente, también en el instante en que estaba recordando todo aquello, a las cuatro y media de la madrugada, se abrió la puerta y Ana entró colgada del brazo de su galán. Por su manera de caminar, Hermógenes intuyó que el hombre había bebido algo más que agua mineral, ya que no se le veía inclinado a aceptar que una recta es el camino más corto entre dos puntos. Se desplazaba haciendo eses como si navegase en una chalupa con mar gruesa. Eso, por lo que parecía, le resultaba muy divertido. En su paseo a la deriva, el grumete se apoyó en el televisor como si fuese la barandilla de cubierta y vomitó encima de los vídeos de Quim.

—Ayúdame, por favor, Hermógenes, que no puedo con él —Ana se echó a reír como una loca.

¿A qué quería que la ayudase?, se preguntó el joven. ¿A tirarlo definitivamente por la borda? Hermógenes se debatía entre irse a casa sin decirle nada o montarle una bronca a Ana. Finalmente decidió socorrerla pero no pudo evitar torcer el morro. Entre los dos llevaron a aquel marinero de agua dulce hasta el sofá y lo dejaron caer sin miramientos. El tipo, pálido como la cera, entreabrió los ojos amarillentos, y a Hermógenes le parecieron la yema de dos huevos estrellados.

—Camarero, póngame un whisky sin hielo —pidió el hombre.

Ana volvió a reír con la desinhibición propia de los ebrios.

—Hermógenes no es un camarero, querido; él cuida de mi hijo. ¿No te acuerdas? Te lo presenté ayer.

El hombre abrió unos ojos como platos. Se veía que intentaba concentrarse en algo, pero el esfuerzo no encontró ni una neurona sana donde apoyarse.

—¿Hermógenes? ¿Quién demonios es Hermógenes? —preguntó con los ojos extraviados.

—Yo soy Hermógenes —respondió el aludido, más por cortesía que por el deseo de iniciar una conversación.

—Pero, tío, qué nombre más raro tienes —comentó el otro antes de sumirse en el sueño profundo de los borrachos.

Hermógenes encajó el golpe en silencio. «Yo no soy un memo», pensó. «Este tipo es un imbécil y ya está, eso es todo; igual que Iván, Toni, Bartolomé, el profesor Freixas, el tío Eduardo... De manera que tranquilízate y no te echas a llorar, muchacho», se dijo. Luego, se levantó y se dirigió indolente hacia la puerta. No sabía si decirle adiós a Ana o marcharse sin decirle nada; hizo su informe en cuatro palabras, con una desgana que expresaba mucho más de lo que proclamaba el simple enunciado.

—Quim se ha tomado un biberón a las once —dijo.

Ana le detuvo cuando su mano se colocó sobre el pomo de la puerta.

—Eh, disculpa si te he molestado, Hermógenes —le soltó con la boca pequeña y arqueando las cejas, queriendo hacer broma de su enojo, con el tono picaro con el que se habla a los niños cuando se enfadan por una tontería.

—¿Disculparte, por qué? —preguntó susceptible el joven.

—Bueno, son las cuatro y media...

—¿Y qué? ¿No llegas siempre cuando te sale de las narices? —estalló de pronto Hermógenes—. Pensaba que querías disculparte por haber dejado un preservativo tirado por el suelo, por traer a casa a un payaso, por destrozar los vídeos de Quim...

La sorpresa del ataque y el alcohol provocaron en Ana un menosprecio que no sentía y que después tendría que hacerle daño:

—Mira, rico..., no tienes ningún derecho a decirme nada —gritó encarándose con Hermógenes—. Hago lo que me da la gana, ya soy mayorcita.

—Entendido, déjame marchar —retrocedió el joven.

Pero Ana ya estaba embalada y le cogió por la camisa:

—Nadie puede echarme nada en cara; me ocupo yo sola de mi hijo, ¿sabes? —le increpó.

—Está bien, perdona, yo tengo la culpa, ¿de acuerdo? Estoy cansado —contestó él en un tono reticente.

Entonces Hermógenes intentó abrir la puerta, pero Ana la empujó con fuerza y la mantuvo cerrada.

—¡Oye, chaval, no se puede lanzar la piedra y huir después corriendo como una nena! ¿Quién eres tú para juzgarme? —le soltó golpeándolo con el dedo.

—No soy nadie, tienes razón. Por eso me voy.

—Necesito salir alguna vez, ¿qué mal hay en ello? —continuó ella, agrediéndole con el dedo—. Soy viuda, ¿recuerdas, don perfecto?

—Ya sé que eres viuda, me lo has dicho cien veces —se defendió con acritud Hermógenes y, sin premeditación, le soltó un bofetón que le sorprendió a él mismo y paralizó de golpe a Ana.

Por fin había aplicado el abecé de Adelina: «pega primero, pregunta después». Sin embargo, no se sintió orgulloso de ello; por lo menos se le ocurrían cinco nombres que merecían mucho más este golpe.

Hermógenes quería pedir perdón a Ana, pero en cambio disfrutó en silencio el triunfo que aún tenía en la mano, como un estilete afilado, observando la mejor manera de herirla.

—Por cierto —le espetó—, esta noche ha venido tu marido, su ectoplasma, por supuesto. Suerte que ha tenido la precaución de entrar por la puerta; si llega a atravesar la pared me meo en los pantalones.

Una vez clavado, Hermógenes se complació en remover el estilete.

—Es simpático Sergio —le lanzó sardónico—. Dice que no te tenga en cuenta que eres una cretina. Y bien, eso es lo que hago.

A continuación, se dio la vuelta para irse y esperó un golpe de Ana que no le llegó en la forma que él esperaba. Con la mano de nuevo en la cerradura y abriendo la puerta, le sorprendió un sollozo que, esto sí, se le clavó muy hondo. Hermógenes soltó la puerta con indolencia. La voz, antes tan firme, ahora le temblaba un poco:

—Perdona... No soy nadie para echarte nada en cara, Ana. Lo siento —dijo muy suave.

—No —gimoteó ella—. Perdóname tú a mí.

Y después de un tenso silencio añadió:

—En una cosa no te he engañado del todo: de hecho, es como si fuese viuda. Sergio no me pasa la manutención de Quim desde hace meses. Me devolvió la llave, pero ese mal nacido se debió de quedar una copia.

Hermógenes pensó en el cheque que guardaba en la cartera, pero no comentó nada. Imaginó que sería falso (tendría ocasión de comprobarlo a la mañana siguiente), pero sobre todo no quería que Ana pensase que dudaba de ella. Al menos en aquel momento. Le acarició la mejilla y casi al instante se arrepintió, pero ella le agradeció el gesto apretándole la mano.

—¿Quieres que te ayude a llevarlo a la cama? —le preguntó Hermógenes señalando el cuerpo inmóvil de su acompañante.

—No, no voy a sacar nada en limpio de él, ahora —sonrió Ana—. Será mejor que duerma la mona.

## 6. La fíbula asesina

Adelina esperaba a Hermógenes delante de la puerta, a oscuras. La luz del pasillo la iluminó tenuemente; vestía un camisón azulado y llevaba una redecilla negra en la cabeza, de forma que el óvalo de la cara, que cada noche se embadurnaba de crema, resplandecía con el brillo de una medusa. Hermógenes, que ya había tenido bastantes sustos aquella noche, no estaba preparado para aquella última aparición y se sobresaltó.

—No chilles, borrico, que despertarás a todo el mundo —susurró la criada.

—¡Puñeta!, ¿qué llevas en la cabeza, Ade? Pareces el espectro de una momia.

Adelina lo cogió por la oreja y se lo acercó sin miramientos.

—Tú sí que me matarás a mí de un disgusto, pelma. ¿Sabes qué hora es? Pensaba que te habían asesinado y que te habían echado al río.

—No me riñas, por favor, que he pasado una mala noche.

—Para mala noche la mía, granuja. Me he hecho seis cafés mientras te esperaba y tengo taquicardia.

—Lo siento, no he podido venir antes. Las cosas se han complicado.

—¿Complicado? ¿Qué significa complicado?

—Pues eso: complicado —Hermógenes intercaló un bostezo—. Mira, Ade, ya te lo contaré mañana, ahora estoy muy cansado —dijo, e hizo el gesto de alejarse.

—¡Sí, hombre, a otro perro con ese hueso! —le retuvo la criada—. No podré dormir en dos días por culpa del café, así que me lo cuentas ahora. ¿Estamos?

—¿Pero qué quieres que te cuente? No tiene ningún interés para ti —se resistió Hermógenes.

—Eso lo decidiré yo, guapo.

—No seas metomentodo, Ade.

Pero la criada seguía en sus trece y sirvió dos tazas más de café.

—Venga, empieza, Hermo. Desde el principio; quiero saberlo todo. Todo.

Adelina no sólo quería saberlo todo, sino que, de cuando en cuando, intercalaba preguntas y comentarios. Se indignó con Sergio, a quien caló a la primera.

—Ya te puedes comer el cheque con patatas si quieres, ése es un canalla —le aseguró.

Pero disculpó en cambio a Ana:

—Alguna alegría ha de tener la pobre.

Entre una cosa y otra, se les habían hecho las mil quinientas, cuando Adelina consideró que ya no le podía sacar más jugo al relato.

Desde hacía algunos minutos clareaba por la ventana de la cocina y Hermógenes pensó que era demasiado tarde para ir a dormir. Decidió darse una ducha y Adelina le preparó un cóctel de los que hacen resucitar a un muerto. Estaba preocupado por la

excavación. El día anterior la cosa había estado a punto de acabar en tragedia. Se habían unido, por una parte, el entusiasmo del profesor Freixas y, por otra, la impaciencia del padrino de Hermógenes. Uno quería preservar el yacimiento ahora más que nunca y realizar en él, si era preciso, más prospecciones, y el otro quería destruirlo a toda costa. El choque había sido violento, como el de dos trenes de mercancías frente a frente en la misma vía.

A pesar de las amenazas, Hermógenes había estado a punto de revelar al profesor Freixas la broma de Iván y Toni, pero justo en aquel instante, había oído los gritos del tío Eduardo espoleando al conductor del *bulldozer* como si se tratase de un caballo de tiro y se había ocultado dentro del pozo. No era el mejor escondite si se tenía en cuenta que las vibraciones de la máquina excavadora lo podían derribar de un momento a otro, pero Hermógenes prefería quedar sepultado bajo los escombros que enfrentarse al padrino, que parecía en aquel momento la ira desatada de Dios contra Sodoma y Gomorra.

—¡Venga, destrózalo todo! —animaba Eduardo a su subordinado—. ¡Hazlo todo papilla, que no se pueda ni cribar la arena!

Casi al mismo tiempo, se habían oído los gritos del profesor Freixas, agudos y penetrantes como los alaridos de una bestia herida.

—¡La madre que lo...! ¡La madre que lo...! ¿Qué hacéis, animales? ¡Atrás! ¡Atrás!

Intrigado, Hermógenes había sacado un poco la cabeza, y lo que había visto le había sacudido el sistema nervioso de arriba abajo. Antonio María Freixas se había encaramado a la excavadora y se mantenía allí agarrado como una garrapata. De hecho, los que conocían su obsesión tenían la certeza de que le iba la vida en ello y que defendería el reciente descubrimiento ibérico hasta la muerte.

—Aplástalo contra el suelo —había gritado Eduardo al conductor, en una más que dudosa terapia, proviniendo de un ilustre médico que se supone que debe salvar vidas.

Hermógenes había tenido la premonición entonces de que la carrera del eminente arqueólogo estaba a punto de culminar, e incluso, producto del nerviosismo, se había imaginado que alguien, en una entrevista futura, le preguntaba por aquel acontecimiento: «¿Usted estaba presente cuando murió el profesor Freixas, verdad?» «Desde luego», se había imaginado que respondía él. «Le hicieron picadillo, como a una hamburguesa de pollo».

Por suerte, Iván y Toni supieron reaccionar a tiempo. Habían lanzado lo que tenían más a mano: piedras, terrones de arena y una fíbula con el broche desplegado como un estilete, que debía de haber sujetado el vestido de un dirigente íbero y que se clavó en la mejilla del conductor, quien no había sabido apreciar el honor del proyectil y se había retorcido de dolor.

—Venga, que eso no es nada —le animaba Eduardo—. Tritura a este payaso.

Quizás el impacto no habría tenido importancia, pero el profesor Freixas había descubierto la fíbula incrustada en el rostro de su agresor y se le habían fundido los plomos.

—¡No la toque, por el amor de Dios! —había gritado, y seguidamente había desmontado a toda prisa de la excavadora.

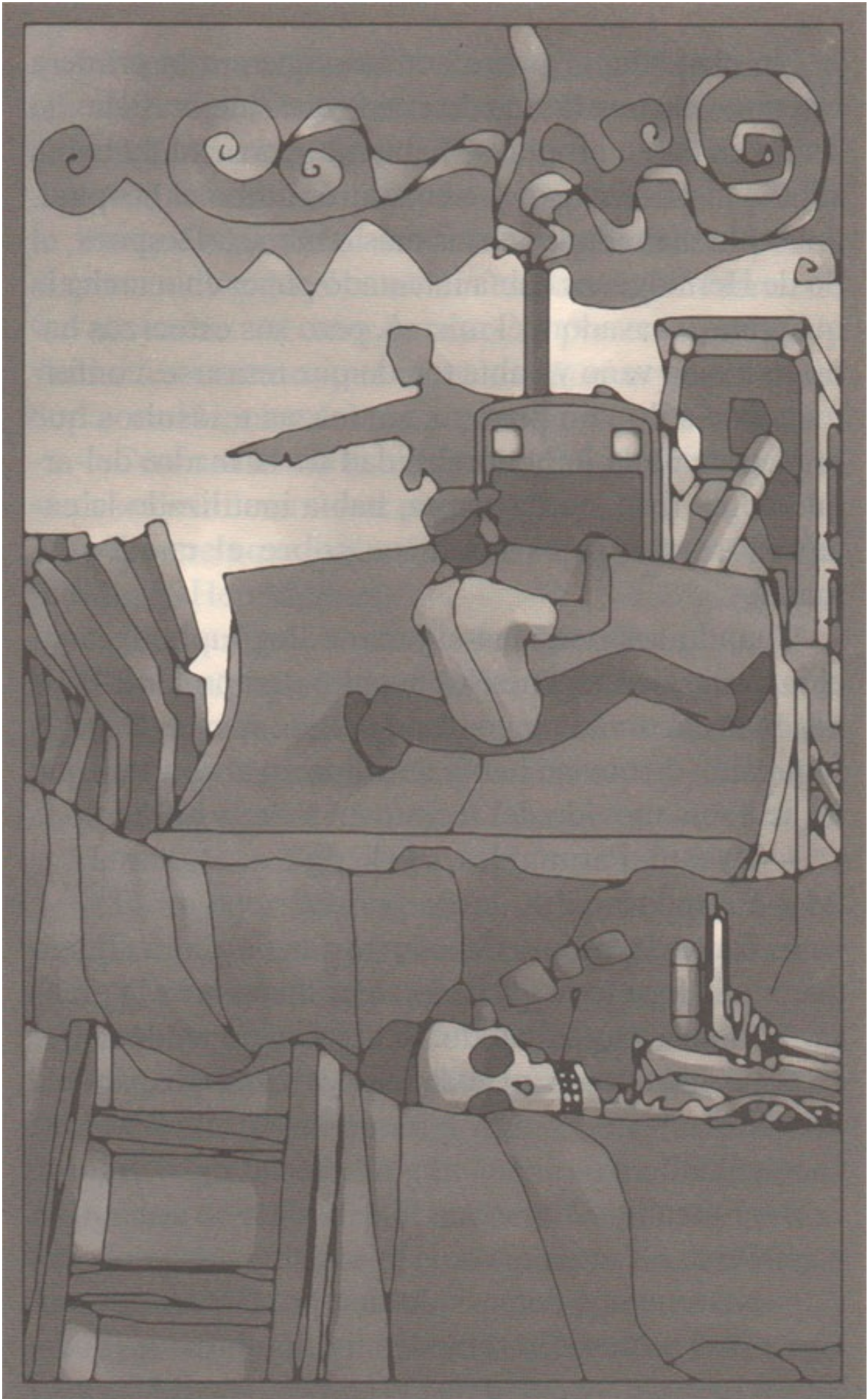
El conductor supuso que aquel hombre le avisaba de algo, como cuando alguien advierte a otra persona que no debe moverse porque se encuentra a merced de un animal venenoso. Había acercado la mejilla sospechando que era preciso retirar el objeto con prudencia y que aquel hombre que corría como alma que lleva el diablo hacia él sabía cómo hacerlo. Pero, en realidad, al profesor Freixas le importaba un bledo la cara del conductor y había arrancado el objeto de un tirón, lo cual le provocó un feo corte, o como habrían dicho los padres de Hermógenes: el desgarró del músculo buccinador.

—Por suerte no se ha roto —había suspirado sonriente el arqueólogo—. Es una fíbula con decoración zoomorfa, muy interesante —había aclarado al conductor, como si quisiera minimizar su herida.

—¡Está loco! —había exclamado éste, que por el contrario sospechaba que sí, que se había roto algo.

—Venga, que eso no es nada —insistía el doctor Eduardo—. Heridas de ésas las he visto yo a montones. Seis puntos y como nuevo. Venga, continúe trabajando.





No obstante, el pobre hombre, que era la primera vez que veía una herida de esas o que, mejor dicho, la sentía en carne propia, se había ido corriendo y había subido al primer taxi que encontró rumbo al hospital.

Así habían ido las cosas más o menos. Después, el tío de Hermógenes había intentado poner en marcha la máquina excavadora él mismo, pero sus esfuerzos habían sido en vano y había tenido que retirarse, conformándose sólo con proferir amenazas e insultos que ponían en duda la honorabilidad de la madre del arqueólogo. Éste, en respuesta, había inutilizado la excavadora con unos mazazos sobre el cuadro de mandos.

Cuando a la mañana siguiente llegó a la excavación, pues, Hermógenes se encontró a un profesor Freixas más encorvado y confundido que nunca. Daba la impresión de que no había dormido en absoluto y que no se había movido del recinto en toda la noche.

—Oye, tú, Parmínides... —le dijo.

—Hermógenes.

—Tanto da, eso no tiene importancia ahora. Tengo que ir a la ferretería y a hacer unas llamadas a la prensa. Te dejo a cargo de todo. Si alguien pretende entrar en el yacimiento en mi ausencia, ya sabes: dispárale a la cabeza.

—¿Qué?

—¿Entendido?

—Pero...

—No tenemos demasiado tiempo, Hipócrates, así que... —el profesor le zarandeó los hombros—. ¡Suerte!

La determinación de Freixas no admitía retrasos y, sin saber demasiado bien cómo, Hermógenes se encomendó de esta guisa:

—Sí, señor, a sus órdenes —respondió.

Aunque en realidad no sabía con qué diantres podría disparar si llegaba el caso. Sin embargo, por suerte, no fue necesario. Al cabo de poco, se presentaron Iván y Toni más contentos que unas castañuelas y comentando las incidencias del día anterior.

—Como mínimo le harán doctor honoris causa por su descubrimiento —se pitorreó Toni.

—No creo que haya sido una buena idea —les interrumpió Hermógenes.

—¿Por qué no, memo? —le espetó Iván.

—Bueno, supongo que... Habrá problemas.

—Seguro que habrá problemas, eso es lo que hace que una idea sea magnífica, precisamente —le replicó el otro cínicamente.

Hermógenes alzó la voz.

—Es un pobre viejo, puñeta. Además, ¿quién sabe si al final no tiene razón y los

íberos fundaron esta ciudad? ¿Qué importancia tiene?

Pero Hermógenes decía eso sólo por piedad. Él sabía mejor que nadie que la historia no admite la especulación sin fundamento y que, con estas pruebas ínfimas, cuya falsedad algún anónimo malintencionado pondría de relieve en el momento oportuno, los historiadores no tardarían ni cinco minutos en despellejar a su colega.

—Un discurso emotivo, sí señor —enunció frío Iván—. Mira —se tocó el antebrazo—, hasta se me ha puesto la piel de gallina. ¿Tienes más de éstos, memo, o es que ha sonado la flauta por casualidad?

Hermógenes miró intensamente a su antagonista. Había una gran dosis de dignidad en aquella mirada, de compasión, de humanidad...

—De acuerdo, soy un memo —proclamó—, pero eso no resuelve el problema. Me parece que el profesor Freixas no se merece ser el blanco de todas las burlas al final de su carrera.

Se produjo un silencio y Hermógenes añadió suavemente:

—¿Prefieres que se lo diga yo?

Iván ponderó las generosas palabras del otro antes de responder. Justo es decir que captó la emoción de la voz y los ojos empañados, incluso captó la palma de la mano abierta hacia arriba... Era difícil mostrarse reacio ante aquel ofrecimiento, pero en justicia, a Iván le costó muy poco.

—¿Tú eres memo, tío? —le repitió insensible.

El profesor llegó pocos minutos después y los cargó sin decir ni pío en un todoterreno desvencijado que, por su apariencia, debía de haber pertenecido a Howard Carter en la época en que descubrió la tumba de Tutankamon.

—¿Adonde vamos? —se atrevió a preguntar trémulo Hermógenes al subir en aquella cafetera vetusta.

—¡A la guerra! —exclamó Freixas dando la vuelta a la llave de contacto y apretando el acelerador con una impericia desoladora.

El arqueólogo a duras penas puso el vehículo en marcha y sus ocupantes comprendieron que allí empezaba un conflicto bélico de consecuencias insospechables.

La conducción del profesor era temeraria y no por voluntad propia, sino por ignorancia. El hombre tenía la vaga idea de que era preciso cambiar de marcha de vez en cuando, pero normalmente seleccionaba una corla y conducía el coche pasado de revoluciones; parecía que en lugar de un volante llevaba entre manos una criba de arena, tales eran las oscilaciones que imprimía al objeto. Para él no existían las direcciones prohibidas, los *stop* ni, por supuesto, las bombillas de colores que la gente normal y corriente denomina semáforos. Encima, el profesor Freixas se había declarado en estado de guerra y, desde entonces, todas estas convenciones se habían

convertido en nimiedades. Añadid su peculiar esqueleto, inclinado hacia delante como un avestruz a dos dedos del cristal, y tendréis la imagen pintoresca de una bomba ambulante.

Toni, Iván y Hermógenes, detrás, sobre una superficie metálica huérfana de asientos y agarraderos, experimentaron las sensaciones de un buque a la deriva, pero muy a la deriva, al borde de la catástrofe, lisa y llanamente. En una ocasión incluso estuvieron a punto de aplastar a un ejecutivo, que pegó un brinco indigno de su corbata de *Loewe*. En general, evocaban las locas persecuciones de coches del cine mudo.

Cuando finalmente el adminículo locomotor o lo que fuese se detuvo, Hermógenes se sentía tan magullado y le rodaba tanto la cabeza que no le resultó extraño encontrarse en la puerta de urgencias de un hospital.

El profesor Freixas abrió la puerta del maletero y fue como si un sargento paracaidista hubiese dado la señal de saltar. De uno en uno los tres jóvenes bajaron y fueron esposados por sorpresa por el arqueólogo. A Toni le dio por reírse por lo bajo.

—El tío este está como un cencerro —gritó histérico.

Loco o no, Freixas sabía muy bien lo que se hacía. El viejo desplegaba su estrategia con una lógica militar implacable. Para ser exactos, no sólo desplegó la estrategia, sino también una pancarta de doce metros de largo en la que se podía leer en tinta roja: «Dad una oportunidad a la cultura. Eduardo Maiques, especulador asesino». Hermógenes se sentía tan aturdido que pensó: «Caramba, éste se llama como mi padrino». Después cayó en la cuenta y se quedó helado como un carámbano.

Entre tanto, apareció un celador que se los quedó mirando boquiabierto. Al oír el frenazo, que sus veinte años de experiencia habían relacionado con un accidente de fatales consecuencias, había acudido rápidamente con una camilla de ruedas, pero ahora todo aquel despliegue, nunca menor dicho, lo había paralizado. Sea como fuere, sentía que tenía que hacer algo, porque la escena había suscitado ya el interés de la gente que pululaba por la sala de espera y que acudía hacia allí de cualquier manera, a la pata coja, con el brazo en cabestrillo o en silla de ruedas.

—¿Qué sucede? —preguntó cauto el celador.

El profesor Freixas sacó un altavoz de la parte posterior del coche y lo conectó.

—¿Dónde está el especulador asesino? Quiero que todo el mundo sepa que el doctor Eduardo Maiques es un asesino sin escrúpulos.

La frase, tanto si quería como si no, causó una conmoción contagiosa entre los asistentes, y alguno incluso, que hacía más de dos horas que esperaba a que lo atendiesen y que no sabía de qué iba la protesta sino de oídas, expresó su desacuerdo con la sanidad pública. Incluso se oyó claramente la queja de una mujer mayor que daba toda la impresión de haberse roto la cadera y que esperaba en una camilla de

ruedas.

—Tú, zopenco, a ver si abres bien los ojos, que la vista engaña —le gritó a su hijo—. A ver si algún medicucho se equivoca y me extirpa el bazo.

Cualquiera que en aquel instante hubiese observado el rostro del celador se habría dado cuenta de que veinte años de experiencia tramitando urgencias no le habían preparado para según qué cosas. Metafóricamente, se meó en los pantalones. Y Hermógenes, también.

Mientras, el airado arqueólogo no perdía el tiempo: ató la cadena con los tres rehenes y bloqueó la entrada de ambulancias. Poco a poco, se concentró allí una multitud de periodistas convocados por Freixas y acudieron dos guardias de seguridad que parecía que desayunasen cada día cereales ultra vitaminados y que exigieron el inmediato desalojo de la zona.

Hermógenes le hizo notar al que tenía más cerca que eso era imposible sin abrir las esposas o sin amputarles las manos. Por la manera en que examinó la cadena, Hermógenes temió por un instante que el guarda pensara más bien en la segunda posibilidad.

—¿Quién tiene la llave de la cadena? —le preguntó agriamente.

El señor Freixas se le puso delante y le contestó a través del altavoz, muy cerca de la cara:

—Me he tragado la llave. Y no negociaré con militares, ¿entendido? Quiero que venga el consejero —le espetó—. ¡Maiques especulador, alcalde dimisión! —gritó a continuación.

El guardia de seguridad lo agarró por las solapas y le levantó un palmo del suelo, pero justo en aquel momento se encendió un foco de luz y alguien, detrás de una cámara de televisión, dijo: «grabando». Entonces, el guardia, impulsado por un acto reflejo, soltó al profesor y éste proclamó, siempre a través del altavoz:

—Quiero hacer una declaración pública mundial. Hermógenes, Iván y Toni se miraron de hito en hito. Estos seres tan diferentes al menos coincidían en una cosa: en aquel momento los tres habrían deseado encontrarse en las antípodas de aquel chiflado.

—He de anunciar un hecho trascendental para la ciudad de Valencia —continuó el profesor—. Tengo las pruebas de que esta ciudad —y señalaba el suelo mientras lo afirmaba—, fue fundada por los íberos, no por los romanos, como habíamos supuesto hasta ahora.

Por la cara que pusieron, estaba claro que la mitad de los periodistas ignoraba hasta aquel momento quién diantres había fundado la ciudad y, para ser justos, a la mayoría de ellos les importaba un pimiento si ahora resultaba que no era así. Ésta, como mucho, era una noticia de la página cincuenta y tres, no de primera página; de hecho, una serpiente de verano, como se conoce en el argot periodístico.

—Pero usted nos habló de un asesinato, señor Freixas —profirió el enviado televisivo, que había desplazado una unidad móvil y no se quería ir de vacío.

—Efectivamente, un asesinato a la cultura. Estamos hablando de una noticia que cambiará el destino de esta ciudad, una noticia bomba.

Los periodistas se miraron incrédulos. Sería la primera vez que un asesinato a la cultura se convertía en una noticia bomba en aquella ciudad o en cualquier otra. La cultura era asesinada prácticamente cada día y la gente no perdía el sueño por ello. Muchos periodistas ya estaban pensando en cambiar el contenido de la crónica para conseguir al menos la primera página de sucesos: «Un loco peligroso se encadena con tres rehenes en la puerta de urgencias de La Fe y provoca el caos en el hospital».

—¿Pero qué pinta en todo esto el doctor Eduardo Maiques? —preguntó el periodista televisivo, cuyo olfato profesional le hacía pensar que allí aún se escondía un buen reportaje.

—Eduardo Maiques es un bastardo, un asaltatumbas, un especulador, un homicida... —manifestó el arqueólogo.

A medida que Antonio María Freixas adjetivaba al médico, la noticia iba ganando importancia entre los corresponsales. Eduardo Maiques era uno de los personajes notables de la ciudad, admirado en su profesión, pero conocido también por su trayectoria de hombre público.

—¿En qué se basa para decir esto? Es una acusación muy grave —insistió el periodista.

—Eduardo Maiques intentó aplastarme ayer por la mañana con una excavadora y enterrar mi cuerpo en un agujero, y aquí tengo tres testigos —sentenció el arqueólogo a través del altavoz.

Hermógenes se quedó patitieso. Sin querer se imaginó en el estrado de un tribunal. «¿Es cierto que el acusado, el señor Maiques, ordenó el día de autos que el conductor hiciese picadillo al señor Antonio María Freixas? Le recuerdo, memo, que está bajo juramento». Hermógenes estaba convencido de que su padre no se sentiría orgulloso de su respuesta.

Así pues, entre los periodistas se produjo un gran revuelo. Ya la tenían: primera página, a cuatro columnas. Alguien, incluso, pensó un titular: «Eduardo Maiques, ataque a la mafia valenciana».

Como si hubiese querido confirmar el uso de métodos expeditivos, el aludido doctor Maiques, avisado por el celador, que llamó por teléfono al quirófano donde aquél daba los últimos puntos de sutura de una operación a corazón abierto, se presentó en la puerta de urgencias vestido con una bata verde manchada de sangre y armado con un bisturí.

—¡Por la madre que me parió que lo abro en canal! —gritó abriéndose paso entre la turba.

Hermógenes sospechó que se dirigía hacia él y, esta vez sí, se meó literalmente encima, un goteo nervioso y escaso que, en medio de aquel alboroto, no fue advertido por ningún corresponsal. El bramido, por suerte, corría en otra dirección.

—Maiques asesino, consejero dimisión —gritó Freixas por el megáfono, impasible ante el chaparrón en forma de incisión que le caía encima.

Los periodistas se frotaban las manos. Ya lo veían en letras de imprenta: «Médico insigne mata a un historiador a las puertas de La Fe». Y encima presenciarían el homicidio en directo... ¿Qué más podían pedir?

Pero para su desgracia, en aquel momento llegó un destacamento de la policía y redujo al asaltante a golpes de porra. Hermógenes alimentaba la esperanza de que su padrino no volviera a recuperar el sentido en un par de semanas, pero mientras le sostenía la cabeza entre las manos, Eduardo abrió los ojos.

—¿Hermógenes, hijo, dónde estoy, qué hacemos aquí?

—Estamos en un furgón celular, tío. Estamos detenidos, me parece.

El comisario Villegas sabía que tenía una patata caliente entre las manos. En primer lugar, expulsó a los periodistas que habían seguido a los prisioneros hasta las dependencias policiales y, después, confinó a los detenidos en habitaciones individuales, algo que Hermógenes agradeció infinitamente. A medida de que su padrino recuperaba la conciencia, su situación se había vuelto crítica.

—¿Así que tú también eres uno de ellos? —le había espetado Eduardo cuando entraban en comisaría, como si lo hubiese pillado con la indumentaria estrafalaria de una secta peligrosa.

—Sólo en cierta manera —había disimulado él.

El tío había sacudido la cabeza.

—Estáis infiltrados por todas partes, puñetas.

Cuando le tocó el turno de hablar con el comisario, Hermógenes no tenía ninguna duda de que Villegas ya había interrogado a los otros y que se había formado una idea bastante singular de todo el asunto.

—¿Cómo te llamas, chaval? —le preguntó sin mirarlo.

—Hermógenes Torres.

—¿Cómo? —dijo el comisario alzando la vista y entrecerrando los ojos.

—Era el médico de Adriano, el emperador... —empezó Hermógenes, acostumbrado a explicar el origen de su nombre, pero captó la expresión atónita de Villegas y decidió que era mejor dejarlo correr—. Bah, tanto da —dijo indolente.

—Yo decidiré lo que es importante y lo que no —tronó el comisario—. Y mírame a la cara cuando te hable, ¿está claro?

—Sí, señor —se asustó el aludido.

Entonces, Villegas dejó las gafas sobre la mesa y se frotó los ojos con una lasitud



calculada.

—Muy bien, joven, contesta, ¿quién es ese Adriano?

—¿Qué?

—El emperador has dicho que le llamáis, ¿no?

Hermógenes abrió los ojos como platos.

—Bueno, él era el emperador, sí, pero... —balbuceó.

—¿Era?

El comisario pensó que el caso era más complicado de lo que había supuesto de antemano y que quizá tendría que avisar a la brigada de homicidios.

—¿Qué quieres decir con que «era»? —repitió—. ¿Ha muerto?

A Hermógenes le dieron ganas de reír.

—Pues claro que ha muerto. Hace casi dos mil años.

Ahora le tocó el turno a Villegas de quedarse estupefacto.

—¿Tú te estás quedando conmigo, chaval? ¿Te estás pitorreando de mí? —gritó, pegando un golpe en la mesa que hizo saltar el bote de los bolígrafos y encogió el corazón de Hermógenes.

Por segunda vez aquel día, el muchacho se meó encima, unas pocas gotitas más en la bolsa de los calzoncillos, pero un mar inmenso para su espíritu.

A Hermógenes le costó Dios y ayuda explicar a Villegas que no quería tomarle el pelo, sobre todo porque el comisario tenía dos versiones de su identidad: una, la ofrecida por el doctor Maiques, lo suponía hijo de otro médico reputado; la otra, revelada por el profesor Freixas, lo hacía hijo de un panadero, y de nombre Salustio, además. Villegas sospechaba que había gato encerrado en todo el asunto, una especie de confabulación. En su opinión, tenía ante sí a un delincuente peligroso y cínico, capaz de transformar su personalidad sin ningún escrúpulo.

—Como ves, tú estás en medio de todos... —enunció sonriente Villegas, sin dejarse impresionar por el nerviosismo claramente fingido que, a su parecer, manifestaba el otro.

Hizo una pausa y después insistió.

—¿Para quién trabajas, Hermógenes, si es que te llamas así realmente?

—Soy un canguro —contestó el joven sin pensarlo, y se arrepintió al instante.

Villegas pegó un brinco en la butaca. En su argot tenía sentido ser un camello o un topo, o incluso un cerdo, nombre aplicado por alguna banda mafiosa a los traidores, pero un canguro... Era la primera vez que lo oía.

—¿Qué carajo es eso, un nombre en clave?

Cuanto más intentaba explicarse más y más se liaba Hermógenes. No fue hasta dos horas más tarde cuando el comisario empezó a entender alguna cosa, y eso gracias a que se presentaron los padres de Hermógenes y confirmaron su filiación. Aun así, antes de permitir el careo de los inculcados, se hizo repetir más de cinco



veces la historia de la fundación de la ciudad. No lo veía claro, dijo. En la primera explicación llegó a identificar incluso a íberos y romanos con nombres de bandas callejeras. El hombre se hacía cruces de que aquella minucia hubiese originado todo el alboroto.

—Si es igual, ¿no? ¿Qué más da que sean íberos o romanos? —opinó cuando creyó entender el trasfondo de la pelea—. Al fin y al cabo —añadió—, eso sucedió hace más de cien años, ¿no?

Toni, a pesar de las miradas de Iván, se desmoronó durante el careo. La semilla de la duda había germinado finalmente en su esmirriado cerebro, y con media amenaza de Villegas hubo bastante para que confesase la broma. Así pues, el sacrificio del profesor Freixas no tenía ningún sentido y la excavación podía darse por terminada.

No era necesario realizar más prospecciones, ya que en aquella zona se había llegado al nivel de las arenas y gravas estériles y la estratigrafía, una vez más, había corroborado las tesis de los historiadores: Valencia, a pesar del profesor Antonio María Freixas, continuaba siendo una fundación romana, aunque eso a los valencianos les importase un comino.

Eduardo Maiques estaba tan contento por lo que aquello significaba (por fin podría empezar su finca y enterrar un buen fajo de dinero negro), que no presentó cargos contra el arqueólogo por difamación, ni éste tampoco los presentó por intento de homicidio. Después de todo, nadie presentó cargos, ni siquiera el hombre al que el doctor Maiques había operado a corazón abierto y había dejado a medio coser sobre la camilla.

El doctor estaba eufórico, y así se lo manifestó a su sobrino:

—Muy bien, ahijado —le soltó—, al final hasta vamos a sacar provecho de ti. ¿No crees que aún estamos a tiempo? Serías un buen otorrinolaringólogo, ja, ja, tienes unas buenas narices tú —rió de su propio chiste.

Sin embargo, Hermógenes apenas lo escuchó y no apreció el cumplido. Vio al profesor solo, en un rincón, más encorvado que nunca, si cabe, y se le acercó.

—Lo lamento, señor —le dijo.

—¿Qué? —preguntó el otro levantando la cabeza y mirándolo con los ojos empañados.

—No pude hacer nada —se sinceró Hermógenes.

—Bueno, es mejor que se haya aclarado todo. La Historia no se puede fundamentar en una mentira, ¿verdad?

Hermógenes no lo tenía claro (desde siempre la Historia se había basado en medias verdades) y la pregunta quedó en el aire.

—De todas formas —sonrió Freixas—, no debemos desesperar. ¿Quién sabe si al final no tengo razón y alguna vez encuentro la prueba que me falta, eh?

—Quién sabe, sí —dudó Hermógenes ofreciéndole la mano.

—Bien —suspiró el arqueólogo, apretádosela—, gracias por todo, Anaximandro.

## 7. «Ten gande»

Hermógenes no trabajaba el sábado por la mañana, pero pasó a recoger a Quim para dar un paseo. Normalmente, Ana no era persona hasta el mediodía, si es que alguna vez estaba despierta del todo, y el niño pasaba muchas horas solo en el lóbrego comedor de aquel piso mal ventilado. No se lo hizo repetir dos veces, pues, cuando Hermógenes le preguntó si quería acompañarlo a la casa de los trenes.

—«Ten, i, ten» —respondió impaciente, y se instaló a toda prisa en su sillita.

Hermógenes y Ana no se dieron ni pidieron explicaciones del día anterior; hablaron en el umbral de la puerta evitando tocar el tema, incómodos aún con su nueva familiaridad. Así, hablaron del tiempo y mencionaron que no recordaban un verano tan caluroso. Nadie, de hecho, nunca recuerda un verano tan caluroso cuando no sabe de qué hablar o qué decir.

En cambio a Quim le importaba un pepino la meteorología. Hermógenes le había prometido ir a la casa de los tienes y no entendía qué hacían aún allí hablando de cosas intangibles para su universo de setenta centímetros. ¿Qué caramba era un barómetro?, se le ocurrió cuando el pasmarote de Hermógenes lo soltó en medio de una conversación.

El niño daba empujones como el jinete que arrea un caballo al inicio de una carrera. Su impaciencia era tal, que se sintió muy decepcionado cuando no encontró una locomotora de vapor al salir del ascensor.

Sin embargo, cuando llegaron al interior de la Estación del Norte, se quedó mudo, como el hombre mesetario cuando ve por primera vez el mar. La inmensidad siempre produce mareos; uno se sabe insignificante ante la infinidad del universo. Eso sintió Quim, más o menos, cuando observó por primera vez seis trenes dispuestos en fila uno al lado de otro; fascinado por aquel trasiego incesante de gente, no se había dado cuenta de la presencia de los trenes hasta que los tuvo delante, los seis a la vez. Se llevó la mano abierta a la boca y se acurrucó en el fondo de su sillita, como buscando protección o la evidencia de que no estaba soñando.

—Mira, Quim, éste es un tren expreso —le susurró Hermógenes, enseñándole una ristra de vagones enganchados a una máquina Diesel que resonaba como una bestia dormida.

—«Ten gande» —se admiró el chiquillo.

—Y éste es un *Euromed*, un tren rápido. ¿Te gusta, Quim?

—«I, ten gande».

—Y aquél de allí, uno de cercanías. ¿A que es bonito, eh?

—«Ten gande, i»... «Ten gaaande».

—Sí, Quim, «ten» grande, muy grande.

Hermógenes compró dos botellas de agua pequeñas y un paquete de patatas, y

buscó un banco en un andén tranquilo en el que se sentaron Quim y él a contemplar el movimiento ferroviario. De vez en cuando, la entrada o la salida de un tren les suscitaba algún comentario.

—Mira, Quim, éste es el *Intercity* de Madrid, hace transbordo en Albacete —decía uno señalando con una mano.

—«Ten gande» —suspiraba el otro.

De alguna manera, el ir y venir de tanto tren hacía pensar a Hermógenes en otra clase de inmensidad. Tenía que multiplicar sus diecisiete años más de cien veces, ciento quince quizá, para cubrir el vacío, el inmenso vacío que lo separaba de Patri. Eran muchos años, muchas generaciones, pero, según cómo, le daba la impresión de que era muy poco. Habían pasado muchas cosas en estos dos milenios: guerras, movimientos migratorios, epidemias, pero por encima de todo flotaban siempre el odio y el amor del hombre, o la ilusión de saltar cercas más y más altas, por el vértigo de probarse, de ser finalmente uno mismo en el éxito y en el fracaso, más allá del éxito o del fracaso. En esto Hermógenes se sentía muy cerca de Patri y sabía que, igual que él, podía herirse si saltaba, pero no por eso dejaría de hacerlo.

Él había escogido ser un protector, no como sus padres, ni como su tío, que se ocupaban del cuerpo de las personas, sino alguien que invoca la memoria de los muertos, que es otra forma de proteger, proteger del olvido.

Hermógenes, con la mano en el bolsillo, sentía el huesecillo de Patri y la bolita de Quim y los removía como un amuleto; no era un capital desdeñable: dos mil años entre sus dedos.

Empezó a llover, una lluvia finísima impropia del verano, que hizo bajar de golpe la temperatura. Hermógenes vio un taxi y sintió el impulso de detenerlo, pero en seguida recordó que no llevaba suficiente dinero y lo dejó marchar.

—Perdone —gritó, aunque su mente, imbuida aún de aquel nuevo espíritu, fabricó otra conversación.

«Por favor, ¿puede llevarnos a Benimaclet? No tengo dinero, pero llevo dos mil años en el bolsillo». «Pues vete a la mierda, guapo, que para eso tienes de sobra», se imaginó que contestaba el taxista.

Corrió buscando cobijo para protegerse de la lluvia hasta la parada de metro.

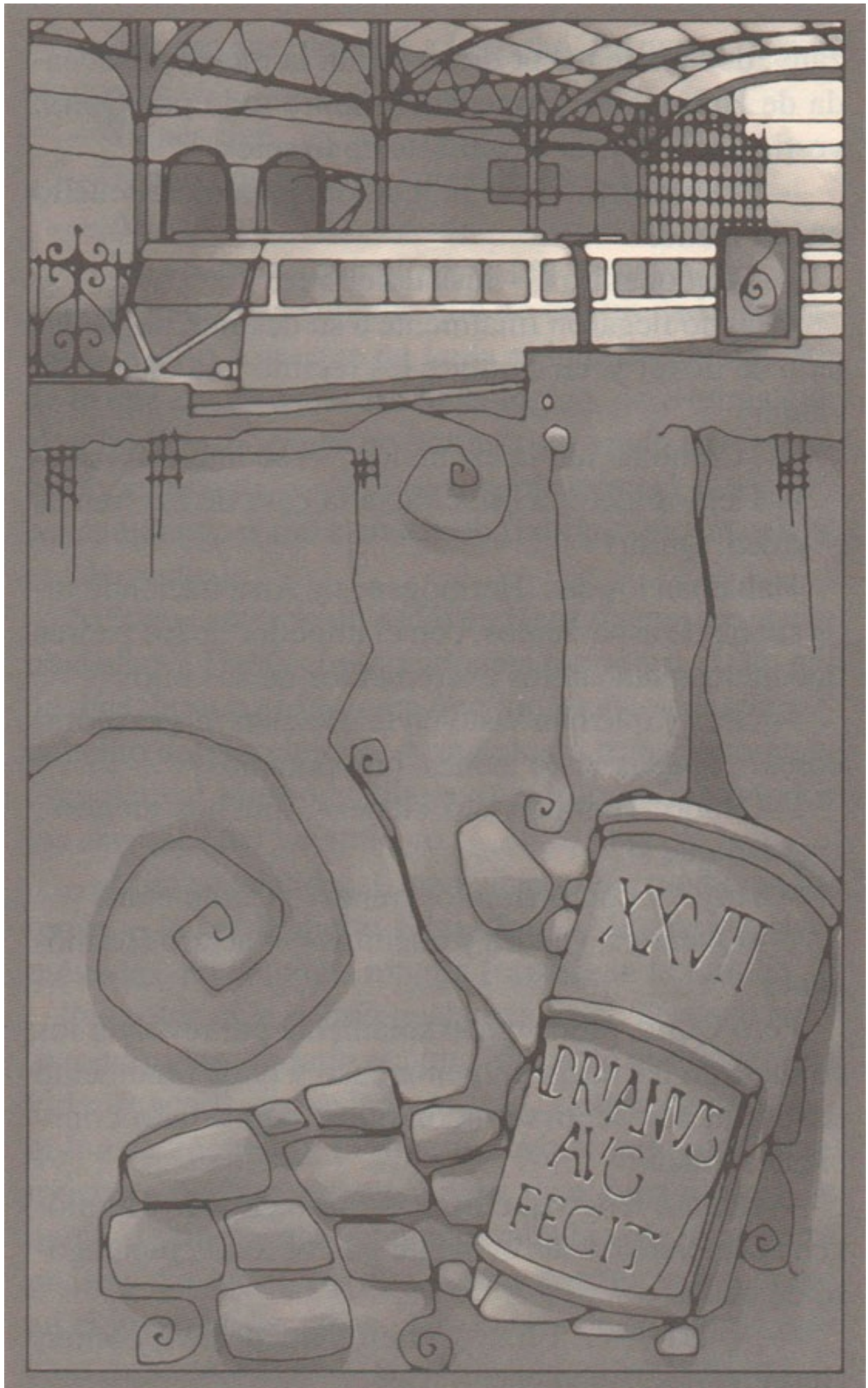
—«Ten» —exclamó Quim.

—Sí, «ten gande» —sonrió Hermógenes.

—No, «ten queñito» —respondió el niño esta vez, juntando los dedos índice y pulgar.

El convoy estaba hasta los topes y, no obstante, Hermógenes, mojado de pies a cabeza, se sentía helado. Por lo que se podía deducir, los gerentes de la empresa debían de haber fijado el nivel del aire acondicionado hacía meses en un despacho y no admitían cambios de última hora: «Y si tienen frío, que los zurzan», debían de

haber dicho según la mente desbocada de Hermógenes, que sufría sobre todo por Quim, vestido sólo con una camiseta de tirantes.



—¿Tienes frío? —le preguntó tapándole el cuello con la mano.

—«Ten queñito» —insistió el otro.

Cuando llegaron finalmente a su destino, había dejado de llover y, en cambio, les recibió una oleada de calor.

—¿Cómo ha ido la excursión? —se interesó Ana.

—Hemos ido a la estación, a la casa de los trenes, ¿verdad, Quim?

Hablaban los dos, Hermógenes y Ana, haciendo toda suerte de aspavientos, con el impudor de los padres que incluso alaban los excrementos de sus hijos.

—Oh, ¿y qué han visto en la estación mis exploradores? ¿Habéis visto leones, hipopótamos?

—¡Nooo! Hemos visto «tenes», muchos «tenes», ¿verdad que sí?

—Huy, ¿y cómo eran los trenes? ¿Cómo eran?

—«Queñitos, gandes y queñitos» —aclaró Hermógenes.

Pero Quim, preocupado solamente por revolver los cojines, no les hacía el menor caso y ellos finalmente acabaron por sentirse incómodos, demasiado conscientes quizá.

—Bueno, tengo que irme —cortó en seco Hermógenes, haciendo más evidente aún el tono empalagoso de antes.

—¿Qué? Ah... Eh..., ¿quieres quedarte a comer, Hermógenes? —balbuceó Ana.

—No, gracias, volveré a las ocho. Es que..., es que tengo que...

—Tienes que...

—Tengo que enterrar un cadáver.

—Ah.

—Un cadáver arqueológico, por supuesto.

—Hombre, ya suponía que no era un cadáver, cadáver —dijo Ana, que no tenía ni la más remota idea de lo que era un cadáver arqueológico, pero temía que el pobre Hermógenes no hubiese superado todavía su enamoramiento—. Ay, ¡estos adolescentes! —suspiró contemplando cómo el muchacho coma como un cohete escaleras abajo.

Más que enterrar un cadáver, Hermógenes tenía que trasladarlo. Había conseguido una moratoria de un par de días de su padrino para que los técnicos del departamento del Servicio de Arqueología transportasen el esqueleto al Museo, y dibujasen y fotografiasen todos los rincones del yacimiento.

—Mira por dónde, sí que te interesa la medicina forense —le había dicho Eduardo—. Me alegro, Hermógenes, no tenemos ningún forense en la familia.

No sabía si le habría gustado a Patri, pero, en cierto modo, este traslado era una forma de prolongar una vida truncada demasiado pronto. Detrás de cada esquina se encuentra la muerte, había aprendido Hermógenes de Patri, pero también, de alguna manera, le había enseñado que también estaba la vida, que siempre hay dos caras:

barriga llena y barriga vacía, como en el juego de las tabas. Aún habría de enseñarle muchas más cosas cuando el ejército de protectores del olvido se ocupasen de sus huesos. Los arqueólogos, los historiadores, acostumbran a sacar el máximo provecho del indicio más leve.

A Hermógenes le habría gustado conservar el huesecillo de Patri como amuleto, pero sabía que contenía muchas enseñanzas y lo colocó de nuevo en el interior de sus dedos entrelazados sin ningún pesar. Al fin y al cabo, él ya poseía otro amuleto: la bolita de Quim.

Quim. Era la primera vez que Hermógenes se olvidaba del niño y llegó a la calle de la Corona de Benimaclet con media hora de retraso, pasadas las ocho. El traslado había resultado costoso, a pesar de la inestimable ayuda de Eduardo Maiques, que a última hora se había ofrecido a improvisar unas parihuelas con una sábana y unos bastones para transportar íntegro el esqueleto de Patri.

—¿Quién lo iba a decir? —ironizó el médico—. ¿Mira que si al final le cojo gustillo a todo esto?

Pero en seguida, como temeroso de su audacia, añadió:

—¡Uf! ¡Toca madera, toca madera! Recuerda, Eduardo —se dijo a sí mismo pegándose una palmada en la frente—, eres cardiólogo, ¡cardiólogo!

Ana llegaba tarde al trabajo y estaba que se subía por las paredes. Desde el rellano se oían los gritos, y Hermógenes experimentó un fuerte sentimiento de culpa. Esperó unos segundos y después llamó. Al cabo de poco, se abrió la puerta y apareció Ana con la cara llena de babas y la blusa manchada de vómito.

—¿Dónde te habías metido, idiota? —le saludó rompiendo la magia de unas horas antes.

Hermógenes pasó por alto el hecho de que sólo se había retrasado treinta minutos.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—¿Que qué me ha pasado? Tu amigo, que es un cerdo —dijo airada señalando a Quim, que hacía pucheros en un rincón.

—¿Está enfermo? —quiso informarse Hermógenes.

—Lo que está es por civilizar —estalló la madre—. ¡Mira!

Hermógenes echó una ojeada al pequeño apartamento y se dio cuenta de que el chiquillo se había superado a sí mismo: los cojines tirados de cualquier manera, la comida fuera de la bandeja, el suelo mojado y manchado de huellas de zapatos...

—Mira que eres tremendo —le sonrió—. No voy a terminar el trabajo en toda la noche por tu culpa, pelmazo.

—No ha parado de saltar y mira cómo me ha dejado, el muy bárbaro —continuó Ana mientras se desabrochaba la blusa y se quedaba en sujetador.

Hermógenes sintió pudor y fue a consolar a Quim.



—¿Sí? ¿Le has vomitado la cena a mamá? ¿Toda? ¿Se la has tirado toda a la cara?

—«I» —lloriqueó el niño.

Hermógenes levantó al niño del suelo y lo abrazó.

—Bien hecho, Quim. Ahora te lavaré y como si no hubiese pasado nada, ¿de acuerdo?

—«I».

Ana salió de la habitación abrochándose una blusa limpia y refunfuñando todavía:

—Eso, sólo falta que tú lo animes.

—Venga, Ana, no hagas un drama. Anda, dale un beso y haced las paces. ¡Eh, Quim, dale un beso a mamá!

—«I».

Pero Ana llegaba tarde y no estaba para historias. Por una parte le hubiese gustado seguirles el juego, lo pensó incluso, cómo le gustaría hacerle cosquillas en la barriga a Quim. Sin embargo, cuando estaba a punto, no lo hizo, simplemente: estaba enfadada y no le apeteció.

—Eres un bichito —le dijo zarandeándole las manos, medio en broma, medio en serio, y Quim se refugió en los brazos de Hermógenes—. Anda, que estáis hechos el uno para el otro, memos —les gritó desde el umbral.

—Sí, somos unos memos —bromeó Hermógenes, e hizo que el niño saludase a su madre con la manita.

Por muchos años que pasasen, Ana siempre tendría presente esta imagen de Quim moviendo sus deditos y acurrucado en los brazos de Hermógenes; por muchos años que pasasen, nunca olvidaría aquellos ojitos empañados que le pedían perdón.

Hermógenes notó que el chiquillo estaba caliente y lo atribuyó a los cambios de temperatura de la mañana. Un simple resfriado, pensó; pero no quería correr ningún riesgo y telefoneó al diablo.

—¿Qué, Hermógenes, qué me han dicho? —le preguntó burlón el primo Bartolomé—. ¿Ahora te dedicas a asaltar hospitales?

—Oye...

—Te vi en la tele, estabas guapísimo con las cadenas.

Hermógenes se armó de paciencia.

—Hemos hablado mucho de ti estos días en casa —continuó azuzándole su primo.

—Me lo imagino —se lamentó Hermógenes.

—Mi padre dice que llegarás muy lejos.

—Ajá.

—Oye, es que tenemos una duda: ¿qué sois, una banda organizada?

Hermógenes tuvo el impulso de colgar, pero ignoró la alusión; estaba preocupado por Quim.

—Tengo que hacerte una consulta, Bart —expuso.

—¿Una consulta? ¿A mí?

—Sí, se trata de...

—Es que no sé, no me gustaría verme implicado con delincuentes. De hecho, no sé si hago bien al hablar contigo. ¿Hago bien, Hermo?

Hermógenes suspiró.

—Escucha, Bart... —dijo con lasitud.

—¿Sí?

—¿Me escuchas?

—Afirmativo.

—Tengo un niño con fiebre, ¿qué hago?

—¿Es tuyo?

Bartolomé empezaba a pasarse de rosca. Hermógenes sabía que tenía que seguirle el juego, y sobre todo no enfadarse con él.

—Sí, tuve un resbalón —le dijo.

—¡Ay, Hermo!, ¿qué vamos a hacer contigo? Tendrías que haber huido cuando te lo dije. Bueno, supongo que ya es demasiado tarde.

—Sí, demasiado tarde —respondió mecánicamente Hermógenes.

No lo había oído, en realidad. En sus brazos, Quim lloriqueaba y sudaba copiosamente. Hermógenes, con el auricular pegado a la oreja, le sacó la camiseta empapada.

—¿Qué temperatura tiene, Hermo? ¿Hermo, me oyes?

—No lo sé, está muy caliente, Bart.

—¿Tiene la garganta roja? Mírale la garganta, Hermo.

—Creo que sí.

—¿Crees que sí?

—No lo sé, mierda, no sé lo que es normal.

—Bien, sobre todo no te pongas nervioso. Debe de tratarse de un simple resfriado.

—Sí, hoy se ha helado, me parece —quiso tranquilizarse Hermógenes—. Hemos ido a la estación y se ha mojado.

—¿Lo ves?

—¿Entonces, qué hago?

—¿Tienes Daisy?

—No lo sé. Me parece que sí.

—Es un jarabe, Daisy —repitió Bartolomé—. Dale una cucharada o le pones un supositorio de paracetamol, da lo mismo. ¿Me oyes, Hermógenes?

—Sí.

—Paracetamol, ¿entendido? Para niños.

—De acuerdo.

—Que beba mucho líquido y que esté fresquito, ¿eh? Los padres primerizos sois muy exagerados.

—Muy bien.

—Oye, ¿por qué no me lo traes a la consulta mañana a primera hora? Tengo ganas de conocer a mi sobrino.

Pero Hermógenes ya no le escuchaba. Sin darse cuenta había colgado el teléfono. Fue al lavabo con Quim medio adormilado en brazos y abrió el botiquín. Había un batiburrillo de cosméticos, potingues inclasificables y unas bolsitas de infusiones que Ana utilizaba como diurético. Hermógenes lo revolvió todo apresuradamente y descubrió una botella medio llena del jarabe que le había recomendado Bartolomé. Comprobó la fecha de caducidad y preparó tres mililitros de la jeringa. Mientras se la introducía a Quim en la boca, Hermógenes notó las gotas de sudor que le chorreaban por el brazo y supuso que él también le daba calor al niño. Quim se dejaba hacer y le observaba con los ojos vidriosos, lloriqueando como si le doliese algo.

—¿Te acuerdas de los trenes, Quim? —le preguntó Hermógenes con una alegría fingida—. Qué grandes que eran, ¿eh?

El chiquillo, alicaído, entrecerró los ojos por toda respuesta. Hermógenes intentó dejarlo en la cama para que estuviese más fresco, pero él se acurrucó aún más sobre su pecho. Entonces Hermógenes empezó a salmodiar su canción de cuna.

—Enfermedad de Marburg: nombrada también enfermedad del mono verde. Es una peligrosa infección vírica, empeorada por el hecho de que, a diferencia de las enfermedades víricas corrientes, no disponemos de ninguna inmunidad ante ella. Meningitis: enfermedad que afecta a las membranas que envuelven el cerebro. Puede tener lugar a causa de un virus o de...

De nuevo la nana de Hermógenes había demostrado ser más eficaz que dos kilos de valerianas y Quim se quedó completamente frito. Hermógenes le acostó con todo cuidado en la habitación de Ana, más fresca que su alcoba, y se lo quedó mirando un rato. Incluso dormida, la criatura hizo una mueca de dolor y gimoteó. Hermógenes dejó la puerta abierta y fue a ordenar el botiquín, para ocuparse en algo que le hiciese consciente del tiempo.

En algunas ocasiones el cerebro continúa pensando sin que nos demos cuenta. Los científicos han descubierto que su actividad es constante, incluso por la noche, aunque no nos percatemos. ¿Quién no se ha acostado alguna vez con la angustia de un problema irresoluble y, a la mañana siguiente, se ha levantado con el alivio de haber encontrado la solución?

Hermógenes no era maniático, pero su cerebro había continuado pensando por él. Mientras intentaba una mínima clasificación en el caótico botiquín de Ana, le vino a la cabeza la frase incompleta. Estaba solo, no tenía sentido decirla en voz alta, por eso la recitó para sí, y la escuchó indiferente en el interior de su cabeza: «Meningitis: enfermedad que afecta a las membranas que envuelven el cerebro. Puede tener lugar a causa de virus o bacterias. Varía desde una afección leve, en forma de dolor de cabeza, hasta una enfermedad muy grave y, a veces, fatal».

A Hermógenes se le resbaló un frasco de cristal, que se deshizo en mil pedazos al chocar contra el suelo, y se le escapó la primera palabrota de su vida, feísima en un adolescente que provenía de la calle de la Alameda.

—¡Hostia! —exclamó, esta vez en voz alta.

Corrió a la habitación de Quim, pero de ninguna manera esta carrera de apenas seis metros justificaba que el corazón le latiese a cien por hora. Temblaba de pies a cabeza, y le costó un gran esfuerzo dominarse para examinar al niño. Encendió la luz de la mesilla de noche y observó con intensidad cualquier indicio de movimiento. Quim estaba empapado, pero se mantenía inmóvil. Hermógenes le miró la barriga y creyó advertir un leve movimiento. No estaba seguro y le levantó una mano. Ahora el niño movió un dedo, clarísimo. Hermógenes acercó sus dedos temblorosos al cuello de Quim y lo palpó. Después se tocó el suyo y no encontró demasiadas diferencias, los dos estaban un poco rígidos. De hecho, los últimos días, Hermógenes había sentido cierta rigidez a raíz de su trabajo en la excavación. Pero Quim no había estado cavando a cinco centímetros alrededor del hoyo durante semanas. Volvió a examinarle el cuello. No sabía demasiado bien qué diablos tenía que notar, pero se mantenía atento, con todos los sentidos alerta. Quim volvió a lloriquear y a hacer una mueca de dolor. «Nadie se queja así por un simple resfriado», pensó Hermógenes. «A menos que tenga un dolor de cabeza fuerte, muy fuerte», volvió a pensar. Y aún más: «A menos que se sufra una meningitis, una afección leve en forma de dolor de cabeza que a veces puede ser fatal».

Entonces, Hermógenes envolvió a Quim en una sábana y salió a la calle. No sabía demasiado bien lo que hacía y los pocos transeúntes nocturnos que se cruzaron con él se lo quedaron mirando como una aparición. Al final se puso a caminar por el centro de la calzada hasta que vio un taxi y se le puso delante. «No tengo dinero, pero llevo dos mil años en el bolsillo», se imaginó que le decía. Pero en realidad no pudo articular ni media palabra. Lo llevaba escrito en la cara y el taxista se lo leyó todo: «A La Fe. ¡Rápido!»

En el hospital fueron muy amables con él, sobre todo teniendo en cuenta que alguien lo identificó como uno de los encadenados de la puerta de urgencias. Un enfermero le quitó a Quim de las manos y fue como si le hubiesen liberado de un peso enorme; se encontró vacío.

La enfermera de guardia dejó que telefonease. Él no era nadie, pero el nombre de sus padres abría todas las puertas de aquel hospital y, especialmente, el de su tío. Cuando lo nombró notó que la enfermera se ponía firme, como si le hubiese mencionado el nombre del jefe del estado mayor y ella fuese un pobre cabo al que hubiesen pillado durmiendo durante la guardia. Dios sabe cuántas filípicas le debía de haber aguantado a su padrino. Pero eso, a Hermógenes, tanto le daba, era su cerebro el que lo pensaba, mecánicamente, como si no quisiera pensar en otra cosa.

Marcó el número del bar donde trabajaba Ana.

—Bar Omega, ¿qué pasa? —le increpó la voz del mismo hombre que le había atendido la primera vez.

—Quiero hablar con Ana —dijo.

—¿Qué quieres, puñetas? —preguntó la desagradable voz.

—Dígale que se ponga, por favor —le pidió Hermógenes.

—Ahora no puede —respondió el hombre y, a continuación, sin más, colgó como la primera vez.

Hermógenes, imperturbable, sin pensar en nada (no quería pensar en nada), volvió a marcar el mismo número.

—Bar Omega, ¿qué pasa ahora, joder? —tronó de nuevo la voz agriamente.

—Escuche, hijo de puta, y escúcheme bien —gritó Hermógenes.

Era la segunda maldición que lanzaba en su vida, la segunda palabrota de aquella maldita noche, pero le importaba muy poco lo que pudieran pensar de él los de la calle de la Alameda. Ni tan siquiera se dio cuenta del sobresalto de la enfermera a su lado.

—El hijo de Ana se está muriendo en el hospital.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Me oye? —preguntó Hermógenes.

—Sí —dijo el otro con un hilo de voz.

—De acuerdo. ¿Cómo se llama usted?

—Felipe, Felipe Cifuentes.

—Muy bien, señor Cifuentes, ¿me puede hacer un favor?

—Claro, lo que quieras.

—Dígaselo a Ana, ¿eh?, que venga al hospital en seguida.

—Sí, naturalmente.

—Pero sea muy amable con ella, señor Cifuentes, sea muy amable porque si no, mañana por la mañana, me presentaré en su mierda de bar y le prenderé fuego.

Hermógenes hizo una pausa.

—¿Me comprende, señor Cifuentes? —preguntó bajito.

—Entendido, hijo, ahora se lo digo.

Cuando colgó, Hermógenes se sintió mareado; le subió como un regusto amargo

y le desapareció de pronto toda la rabia. Se le aflojaron las piernas de golpe y se dejó caer apoyado sobre el mostrador, poco a poco. No había nadie, excepto la enfermera de guardia, pero aunque hubiera estado lleno, no se habría dado cuenta. Alguien le presionó levemente el brazo y él alzó la cabeza. La enfermera le preguntó si quería una tila y Hermógenes le dijo que sí, más para deshacerse de ella que porque realmente le apeteciera.

¿Por qué la gente no era siempre amable como aquella enfermera? ¿Por qué todo el mundo se hace reproches constantemente? ¿Por qué nadie piensa que la muerte acecha detrás de cada esquina? Recordó que Ana no había besado a su hijo al despedirse y, acto seguido, se imaginó a Quim echado en una cama que no era la suya, rodeado de personas desconocidas y de máquinas extrañas. Ni siquiera tenía su amuleto con él. Hermógenes recordó la bolita de Quim, que todavía llevaba en el bolsillo de los pantalones, y la hizo rodar entre los dedos. En aquel momento se sorprendió de no haber derramado ni una lágrima y, más aún, se sorprendió de pensar en ello. Tenía el cerebro medio entumecido, como disociado de sí mismo; de otra manera no habría soportado el dolor. Hermógenes todavía no lo sabía, pero se estaba haciendo mayor a toda prisa.

Tuvo que ser Adelina, con quien había hablado para comunicarle que no iría a dormir, quien avisó a sus padres. En cualquier caso les agradeció que no le reprocharan nada cuando se encontraron. En seguida se ocuparon de cosas prácticas y le mantenían informado del estado de Quim.

—Nosotros no podemos hacer nada, tenemos que esperar —le había dicho su madre.

El enunciado de la frase, frío como el más cruel veredicto, en boca de ella sonó en cambio como un brillo de esperanza, y Hermógenes se aferró a él. Nunca había visto actuar a sus padres como médicos, y les admiró por su templanza; se les notaba confiados en su ciencia y no admitían bromitas del destino:

—Le hemos cogido a tiempo. Saldrá de ésta —aseveró su padre en un tono que no admitía discusión.

Hermógenes quiso ver en su actitud algo más que el mero ejercicio profesional; nunca los había sentido tan cerca.

Ana, a su lado, se sentía tan extraviada como él. Repetía promesas, a cuál más absurda («haré esto, haré aquello»), en un intento desesperado por salvar a su hijo. A su manera, aplicaba la única medicina que ella conocía y, de hecho, por muy poco sensible que fuera uno, podía ver su clamor recorrer pasillos y atravesar paredes en busca del pequeño cuerpo de Quim.

—Le quiero mucho —gimoteó a Hermógenes en su delirio.

Al joven le vino a la cabeza la imagen en el umbral de la puerta, unos segundos

antes de negarle un beso a Quim.

—Ya lo sé, Ana —la consoló—. Y él también lo sabe.

¿Lo sabía Quim, realmente? ¿Habría sabido Patri, en el momento de morir, que alguien le pondría la taba entre las manos entrelazadas? ¿Sabía él qué narices pondrían sus padres si...? Incluso se imaginó a tío Eduardo depositando una lamparilla de tierra *sigillata* entre sus manos, «un trozo de cerámica como los hay a miles en el mercado», se lo imaginaba renegando, «y allí están enteros, qué cuernos, no como estos otros, hechos añicos».

A Hermógenes se le escapó una sonrisa justo en el momento en que apareció el médico que trataba a Quim. Y de repente lo supo, no era necesario que dijese nada. Lo llevaba escrito en la cara y Hermógenes lo leyó de golpe. Una vez más, la muerte le había sorprendido detrás de la esquina. Entonces, las lágrimas empezaron a brotar incontenibles, en silencio, como si alguien hubiese pulsado un botón, se le ocurrió al cerebro dislocado de Hermógenes, que al mismo tiempo apretaba la bolita de Quim en el bolsillo de su pantalón. Sabía que le resultaría doloroso; sin embargo, en aquel instante, tuvo la certeza de que no le pertenecía y que tendría que encontrar la ocasión de introducirla entre las manitas entrelazadas de Quim.



Pasqual Alapont Ramon (Catarroja, 1963), es licenciado en Geografía e Historia por la Universitat de València, y ha trabajado siempre vinculado al mundo del libro y el teatro, bien como traductor, editor, novelista o como actor y dramaturgo.

Ha publicado una treintena de libros entre obras infantiles, juveniles, traducciones, novelas y obras de teatro, entre las que destacan «L'ovella negra», «L'infern de Marta», «Plens de ràbia», «En la línia dels tres punts», «Tota d'un glop», «Beatrius», «Tres tristos traumes», «Pell de corder» o la tetralogía sobre los populares personajes de Manel y el abuelo Frederic («No sigues bajoca!», «Estàs com una moto!» «Me'n vaig de casa» y «Cagadets de por»).

Por su obra ha obtenido el Premio Max Aub de las Artes Escénicas de la Generalitat Valenciana, el Premio de Teatro El Micalet, el Premio Enric Valor, el Premio Bancaja de narrativa juvenil, el premio Edebé, el Premio Joanot Martorell, el Premio del Consell Català del Llibre per a Infants i Joves, el Premi Serra d'Or de la Crítica y el Porrot d'Honor de les Lletres Valencianes.

Su obra ha merecido una mención de The White Rábanos de la Internationale Jugend Bibliothek, y ha sido traducida al castellano, euskera, gallego y portugués.